4278

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

LAS ESCULTURAS

DE

CARNE

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

EUGENIO SELLÉS

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ

EN EL TEATRO DE APOLO DE MADRID EL 1.º DE FEBRERO DE 1883

TERCERA EDICION

MADRID

SEVILLA, 14, PRINCIPAL

1883

14

LAS ESCULTURAS DE CARNE

LAS
ESCULTURAS DE CARNE

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

EUGENIO SELLÉS

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE APOLO DE MADRID
EL 1.º DE FEBRERO DE 1883

TERCERA EDICION

MADRID: 1883

IMPRENTA Y EST. DE EL LIBERAL
Calle de la Almudena, 2.

PERSONAS.	ACTORES.
EMILIA (18 años de edad)..	*Srta. D.ª Elisa Mendoza Tenorio.*
CÁRMEN (25 id.).....	*Srta. D.ª Luisa Casado.*
MIGUEL (26 id.).....	*D. Antonio Vico.*
JUAN (30 id.).....	*D. Ricardo Morales.*
CLEMENTE (60 id.).....	*D. Julio Parreño.*
BENIGNO (60 id.).....	*D. Manuel Gamir Aparicio.*
VÍCTOR (50 id.).....	*D. Fernando Viñas.*
UN CRIADO.....	*D. Antonio Perrin.*
DOS DONCELLAS.....	*Srta. D.ª Natividad Blanco.* / *Srta. D.ª Aurora Landeira.*

Criados que no hablan.

Época presente.

La accion se supone en Madrid en los actos primero y tercero, y en las cercanias de Biarritz en el segundo.

Por derecha é izquierda se entiende la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus provincias de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMATICA DE D. EDUARDO HIDALGO, *son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.*

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Sala de confianza en la casa de Benigno. Mueblaje y habitacion elegantemente lujosos. En el foro, puerta que da á una antesala tambien amueblada. A derecha é izquierda puertas que comunican con los aposentos interiores. En el centro una mesa rodeada de sillas y butacas. A los lados de la puerta del foro entredoses y sobre ellos espejos, relojes, bronces y objetos de arte. En todos los detalles del decorádo se dejará ver la riqueza unida al buen gusto. Es de noche y la escena está iluminada por una gran lámpara sustentada por una estátua de mármol colocada á un lado de la sala. La estátua ha de representar necesariamente á Júpiter en actitud de lanzar un rayo que tiene en la mano derecha, mientras en la izquierda sostiene la lámpara ó candelabro que puede ser de gás.

ESCENA PRIMERA

BENIGNO.—CÁRMEN.—MIGUEL,

que al levantarse el telon aparecen sentados junto á la mesa del centro. Benigno y Miguel tienen respectivamente en las manos periódicos que leen en silencio. En esta actitud muda permanecen desde que se alza el telon, durante un minuto á minuto y medio de pausa, al cabo de la cual suenan diez campanadas en un relój de sobremesa. Al oirlas Beñigno suspende la lectura dirigiéndose á Cármen que está á distancia delante de un espejo como arreglándose su tocado.

BENIGNO. ¿Son las diez?
CÁRMEN. Las que han sonado.
BENIGNO. Los amigos vendrán.
CÁRMEN. Cierto.
Para ir juntos al concierto.
(*Entra por la puerta del foro un criado trayendo una bandeja con cartas, que deja sobre la mesa.*)
(*Al criado*). El coche.
CRIADO. Ya está enganchado.
MIGUEL. Cartas. (*Cogiendo algunas*).

675492

BENIGNO. (*Con indiferencia*). Disgustos.
CÁRMEN. A ver.
BENIGNO. Para tí, (*Dándole una*).
CÁRMEN. (*Abriéndola y leyendo*). La prima Rosa
se casa.
BENIGNO. Sea dichosa.
CÁRMEN. Y nos pide parecer.
MIGUEL. ¿El es honrado?
BENIGNO. Es un trueno.
CÁRMEN. Pero; ¿es rico?
BENIGNO. Lo será.
CÁRMEN. Por mí... bien casada está.
MIGUEL. ¿Y si es malo?
CÁRMEN. Se hará bueno.
MIGUEL. (*Deja la carta y abre otra*).
En Lóndres suben los treses.
BENIGNO. ¿Que suben? Trae (*Con interés*).
MIGUEL. Ya lo vés.
(*Entregándole la carta que Benigno toma y lee con gran atencion y despacio. Cuando se supone que ha acabado, Miguel va á quitársela de las manos á Benigno, y éste en vez de dársela vuelve la hoja y al principio de la carta para leerla de nuevo. Miguel dice entonces con cierta impaciencia cariñosa*).
¿Dos lecturas?
BENIGNO. ¿Qué interés
mayor que mis intereses?
MIGUEL. (*Leyendo otra carta cuando su padre deje de leer la que tiene en la mano y la guarde en el bolsillo*).
De nuevo la guerra en Cuba
poder y comercio arruina;
y sube la tremolina.
BENIGNO. (*Con desden tomando y tirando la carta*).
Deja, déjala que suba.
MIGUEL. (*Leyendo otra carta*).
Con el no vengado ultraje
nuestra honra baja en París.
BENIGNO. ¿La nuestra?
MIGUEL. La del país.
BENIGNO. ¡Ah! Pues déjala que baje.
MIGUEL. (*Leyendo otra carta*).
Es de la administracion
de la dehesa de Toledo.
Los bandidos hacen miedo
y exigen contribucion.
BENIGNO. Déseles.
MIGUEL. Pacto sagáz
mas que la justicia vicia.
BENIGNO. ¡Qué me importa la justicia!

Lo que importa es mi paz.
Pues gobierno y tribunales
pago y no amparan mi hacienda,
justo es que yo la defienda.

MIGUEL. Pagando á los criminales.

BENIGNO. ¿Dudas de mi probidad?

MIGUEL. La hay perniciosa.

BENIGNO. ¿Cuál?

MIGUEL. Padre,
la pasiva es, si no madre,
nodriza de la maldad.
No la ama ni le dá el sér;
pero la llega á criar;
sus brazos la echan á andar,
su calor la hace crecer,
y es con sanas intenciones
tercera de liviandades,
cómplice de iniquidades
y hasta guardian de ladrones.
Y agradezca, y más no exija,
que no le azoten la cara
el bandido á quien ampara
ó el lodazal que cobija.

CÁRMEN. Entusiasmos de tus años

BENIGNO. Así mi juventud fué;
pero ya apagó mi fé
lluvia cruel de desengaños.
Y ande el mundo á su compás
y allá el gobierno se entienda:
yo á mis hijos y mi hacienda;
¿qué me importa lo demás?

MIGUEL. ¡Cobardia! Dando recio
se corrigen los agravios.

BENIGNO. ¡Reformar, sueño de sábios!

MIGUEL. ¡Marasmo, dormir de necio!
Puede el que sueña al dormir
la existencia remedar,
el que duerme sin soñar
¡qué bien remeda el morir!

CÁRMEN. Acobarda al corazon
más deseoso de gloria
ese luchar sin victoria
contra tanta sinrazon.
Pues débil para torcer
las corrientes de este mar,
ó hay que dejarse arrollar
ó hay que dejarlas correr.

ESCENA II.

Dichos, CLEMENTE, EMILIA por el foro.

CLEMENTE. *(Que habrá entrado á tiempo de oir las últimas palabras dice con tono de dulce censura.)*
¿Ya en el púlpito?
CÁRMEN. Sermon
á diario.
BENIGNO. Es indigesto.
CLEMENTE. Este es tonto (*Por Miguel.*)
EMILIA. ¿Tonto? Apuesto
á que está en él la razon.
CLEMENTE. ¡Pues! Como que así defiendes
en tí una locura igual.
EMILIA. Que quiero bien y odio mal.
MIGUEL. ¡Ojalá nunca te enmiendes!
BENIGNO. A Quijote igual capricho
le enloqueció el pensamiento.
CLEMENTE. Ilusiones, puro viento.
EMILIA. Sí, viento puro; lo has dicho
que sanea cuando pasa:
la indiferencia aura impura
que alas dá y lleva á la altura
los desechos de la casa,
lo que el vicio echó á la calle
y el crímen arrojó al lodo,
la basura social, todo,
lo que en el suelo se halla.
CÁRMEN. Te ciega un noble arrebato.
¿Quién así alienta lo inmundo?
MIGUEL. Todo Madrid, todo el mundo:
y aquí mismo, en vuestro trato
entra gente que en verdad
debiera estar desterrada
de toda familia honrada
y aún de toda sociedad.
CLEMENTE. Y en presidio (*Con burla.*)
MIGUEL. Si no presos,
al ménos acordonados.
BENIGNO. ¡Ni que fueran los malvados.
que yo pago!
MIGUEL. Como esos.
¿Crees que no más que esa oscura
prostitucion retribuida
ni más ladron homicida
que el que asalta en la espesura?
¡Bah! escandalosos que atrapa
pronto la guardia civil.

Hay otro, el crímen sutil
que del Código se escapa.
Sin ganzúa ni puñal,
sin que puerta ó pared rompa,
entra anunciado con pompa
por tu puerta principal,
y le tienes sin sorpresa
en tu salon por la noche,
le paseas en tu coche
y le engordas en tu mesa.

BENIGNO. Mis amigos del gran mundo
son.

MIGUEL. Cieno privilegiado
porque está en jarron dorado
y no en callejon inmundo.

CLEMENTE. Víctor, ilustre repúblico...

MIGUEL. Agiotista aventurero.

BENIGNO. ¿Me ha estafado mi dinero?
¿Pues qué me importa el del público?

MIGUEL. ¡Soberbia filosofía!
Pues cuando te robe un pillo
no le prendan, tu bolsillo
¿qué importa á la policía?

CLEMENTE. Ex-ministro, hombre formal...

CÁRMEN. Y gran orador tambien.

CLEMENTE. Sí, en España hablando bien
¡qué importa proceder mal!

BENIGNO. Juan...

MIGUEL. ¡Un bello personaje!
Come en las mesas de tono,
en el Real tiene su abono
y en la puerta su carruaje.
En todas partes le ves,
donde se brille ó se goce;
todo el mundo le conoce
y todos dicen ¿quién es?
¿Quién? Cualquiera: el más osado.
¿Qué hace? Seductor de oficio,
llevar el llanto ó el vicio
al hogar que le ha amparado.
Y luego, con alegría,
narrando amorosos dramas,
ahumar nombres y ahogar famas
con vapores de la orgía.
¿De qué vive? El alquimista
pasó, y quien gasta y no tiene
mucho pide ó mal lo obtiene.
Hurto ó trampa está á la vista.

CLEMENTE. El allá si es libertino.

BENIGNO. No hallando mi bolsa abierta...

CLEMENTE. Cada cual guarde su puerta.
¿Qué me importa del vecino?
MIGUEL. Cuando el vecino se rija
por tu máxima inhumana,
no te quejes si mañana
te corrompen á tu hija.
¿Y quieres ver frente á frente
al cómplice más activo
de esa chusma? Héle allí vivo.
(*Le lleva ante un espejo y le hace mirar*).
Eres tú, el indiferente:
quien por moda la corona,
por indolencia la aguanta
ó por miedo no la espanta,
ó por bondad la perdona.
Que acabara de una vez
si no se dieran al dolo
privilegios y honras sólo
debidos á la honradez.
CÁRMEN. Tomas por indiferencia,
empeorando lo que ves,
la tolerancia cortés.
CLEMENTE. Y la cristiana indulgencia.
BENIGNO. ¿No clamamos noche y dia
contra el vicio y sus efectos?
MIGUEL. Añaden á sus defectos
otro, el de la hipocresía.
CLEMENTE. ¿Viven, por buenos ó sábios,
el político creyente,
el Caton intransigente
y el desfacedor de agravios?
BENIGNO. Zozobra y agitaciones.
CLEMENTE. Siempre alterados sus sueños.
CÁRMEN. Siempre viendo adustos ceños.
CLEMENTE. O sufriendo maldiciones.
BENIGNO. Santa inercia que sagaz
ahorra penas en la tierra.
CLEMENTE. El entusiasmo es la guerra.
BENIGNO. La indiferencia, la paz.
MIGUEL. ¡Y qué paz! La paz que muestra
ese Júpiter romano. (*Señalando á la estátua que hay en la escena*).
Ved: la luz en una mano
y el rayo alzado en la diestra.
¡Inmóvil! Venga al salon
el seductor libertino,
entre armado el asesino,
aceche oculto el ladron.
Salte sangre al pedestal,
caiga el bueno ante el aleve,

triunfe el mal; nada conmueve
su reposo escultural.
Insultad ante él á Dios.
ó insulte un hijo á su padre,
deshonre un vil á mi madre
ó matadme entre los dos;
no temais, no moverá
ese rayo de granito;
al revés: en su delito
al inícuo alumbrará.

EMILIA. Quien me quiera el luchar déme
aunque el morir le acompañe,
y creencia, aunque me engañe,
y calor aunque me queme.
No esas frialdades que mandan
hoy en vuestro pensamiento;
sois ceniza en movimiento
y sois témpanos que andan.
Sin espíritu que encarne
en los cuerpos inactivos,
no sois hombres, no sois vivos,
sois esculturas de carne.

MIGUEL. Sentid algo, no sé qué,
ni impongo el criterio mio,
sé cristiano ó sé judío;
pero judío con fé.

BENIGNO. ¡Vieja fé inquisitorial!
vivos quemó el fanatismo....

MIGUEL. Los hiela el excepticismo;
vario el modo, muerte igual.
(*Se oye ruido fuera*).

BENIGNO. Hácia aquí vienen derechos.
Si te oyen....

CÁRMEN. No más sermon.

MIGUEL. A callar; teneis razon.
Ya predicarán los hechos.

CÁRMEN. Me acabaré de vestir.

MIGUEL. Y yo.

CLEMENTE. Que, ¿vas al concierto?

MIGUEL. ¿Pues soy acaso algun muerto?
Esta es la vida; ¡á vivir!
(*Se van Cármen y Miguel*).

ESCENA III.

BENIGNO, CLEMENTE, EMILIA, JUAN y VÍCTOR entran por el foro.

JUAN. ¿Perdonan nuestra tardanza?

BENIGNO. Nunca es tarde si el bien llega.

VÍCTOR. Adios, Benigno. (*Tendiéndole la mano*).

BENIGNO. (*Lo mismo*). Adios, Víctor.
EMILIA. (*A Víctor*). ¿Y su hermana la marquesa?
VÍCTOR. Irá despues, el tocado
de una dama ¡ya es tarea!
CLEMENTE. Dígalo Emilia.
EMILIA Yo estaba
vestida á las nueve y media,
pero aguardaba un regalo
que he de llevar á esa fiesta.
CLEMENTE. Unas joyas que á las ocho
debió enviar Ansorena.
Ya un criado está á buscarlas.
EMILIA. Y aún no ha vuelto; estoy inquieta.
JUAN. ¿De qué joyas necesita
quien tiene en los dientes perlas
y granates en los lábios?
EMILIA. (*Con burlona coquetería*).
Plata en las manos... etcétera.
¿No es eso? Sé de memoria
la joyería poética;
todo el surtido que tienen
los vates con tienda abierta.
VÍCTOR (*A Benigno y Clemente*).
¿Y ustedes vienen?
BENIGNO. Me aburro.
CLEMENTE. Me duermo á las once y media.
VÍCTOR. ¿Y ellas?
CLEMENTE. Van. No necesitan
de mí; libertad completa.
BENIGNO. Toda tiranía mueve
insurrecciones domésticas
¿Quieren gozar? Bien: lo pide
su edad. ¿Salones desean?
Lo pide el mundo. ¿Viajes?
Pues á Francia y á Inglaterra;
lo pide la moda, y puede
darlo todo mi riqueza.
Pero ella sola, lo apruebo
cuando no se me molesta;
para eso son las amigas,
con ellas se las entienda.
Cuarto y lecho separados,
y á veces distinta mesa;
paz en casa y Dios con todos.
VÍCTOR. (*Aparte*). ¡Pues, y el demonio con ellas!
CLEMENTE. El hombre con sus negocios
tiene ocupacion más séria.
VÍCTOR. Y á propósito, ¿qué tal
marcha esa jigante empresa?
BENIGNO. La red de ferro-carriles

económicos, completa,
que al tender cintas de hierro
por todas las carreteras,
á los pueblos más oscuros
llevará luz y opulencia.

CLEMENTE. El plan trae riesgos. En él
van nuestras fortunas puestas,
porque hemos comprado todas
las acciones.

BENIGNO. Y se espera
la subvencion del Gobierno.

VÍCTOR. ¿Y si no la dan?...

BENIGNO. Nos truenan.

CLEMENTE. La concederán en cuanto
las Córtes estén abiertas.

BENIGNO. Es justicia.

VÍCTOR. Son precisas
la justicia y la elocuencia.
Las elecciones están
próximas.

BENIGNO. Sí.

VÍCTOR. Y en Sueca
son los amos: á su antojo
aquel distrito manejan.

BENIGNO. Me eligió su diputado
dos veces.

VÍCTOR. ¿Y ahora no intenta?...

BENIGNO. Yo, no.

VÍCTOR ¿Y usted? (*A Clemente*).

CLEMENTE. Yo tampoco.

VÍCTOR. ¿Y en qué candidato piensan?

BENIGNO. Yo en nadie.
(*Víctor se dirige á Clemente como para hacerle la misma pregunta. Clemente lo conoce y se anticipa á contestar.*)

CLEMENTE. En el mismo.

BENIGNO. Siempre
de acuerdo en estas materias.

VÍCTOR. ¿Y así en daño del país
su influjo desaprovechan?
Ya sabrán que un candidato
ministerial se presenta.

BENIGNO. ¿Sí? Me alegro.

VÍCTOR. No sabia
que estas fuesen sus ideas.

BENIGNO. ¿Cuáles?

VÍCTOR. Las del ministerio.

BENIGNO. Si me parecen funestas.

VÍCTOR. Vote en contra.

BENIGNO. ¡Y luego cargue

el alcalde de Sueca
en mis fincas los impuestos
que él rebaja á sus haciendas!

VICTOR. Pero, ¿y la pátria?

BENIGNO. ¡La pátria!
Yo soy su imágen perfecta;
maldice al que manda y luego
vota con el que gobierna.
Sumisa siempre en las urnas
y rebelde en las aceras,
es ministerial su mano
y de oposicion su lengua.

JUAN. ¿No comprenden que mi tio
ese distrito desea?

BENIGNO. Pídame usted todo; pero
mezclarme en esas contiendas...

VÍCTOR. (*Aparte á Juan*).
Sobrino, haz que ella me ayude (*Por Emilia*).

JUAN. Condicion; que tu protejas
mi boda.

VÍCTOR. (*Como haciendo valer el servicio*).
Tiene gran dote.

JUAN. (*Lo mismo*). Y el padre gran influencia.

VÍCTOR. Hay un enemigo grande.

JUAN. Miguel.

VÍCTOR. Hay que dar en tierra
con él.

JUAN. Pues á defenderse.

VÍCTOR. Pacto de alianza.

JUAN. Estrecha.

VÍCTOR. (*A Benigno*). ¿Conque cuento con el acta?

BENIGNO. ¡Psh! Lo que Clemente quiera.

JUAN. ¿Y ese entusiasmo? Hable, ayúdeme
á matar su indiferencia.
(*A Emilia y aludiendo á la de Benigno y Clemente*).

EMILIA. (*Con ironia*). No es necesario; ellos solos
harán lo que usted desea.

CLEMENTE. ¿Y qué nos va en su eleccion?

BENIGNO. Por lo mismo, que la tenga.

CLEMENTE. Si es un farsante.

BENIGNO. Lo sé.

CLEMENTE. Venal.

BENIGNO. Eso no; dispensa.
Es independiente; el oro
no influye sobre él.

CLEMENTE. Recuerda
cuando le subvencionaron
para defender aquella
ley de Ultramar.

BENIGNO. Pero luego
la combatió con dureza.
CLEMENTE. Despues de cobrar los miles.
BENIGNO. ¡Pues esa es la independencia!
CLEMENTE. Si al fin son todos iguales
¿qué importa?
VÍCTOR. Ustedes ya cuentan
con mi palabra y mi voto;
un telegrama, interesa
ganar tiempo; en su despacho
lo escribiré.
BENIGNO. Como quiera.
EMILIA. (*A Clemente*). Papá, mi collar no viene.
CLEMENTE. ¿Y qué?
EMILIA. Es tarde. ¿Si quisieras
ir por él? Es más seguro.
CLEMENTE. Y más molesto.
EMILIA. Está cerca.
CLEMENTE. Iré. (*A Benigno*). Cuida de mi hija.
Juan es travieso.
BENIGNO. No temas.
(*Se van Víctor y Clemente por la derecha*).

ESCENA IV.

EMILIA.—JUAN.—BENIGNO.

Este se sienta muy cerca de los sitios que ocupan aquellos, quienes al notar su proximidad interrumpen la conversacion particular que sostenian. Hay entónces uno de esos momentos de silencio embarazoso que ocasiona siempre la presencia de una persona que estorba y viene á interrumpir conversaciones secretas. Los personajes se miran sin hablar y sin saber como dar fin á aquella situacion que al fin resuelve Juan levantándose y dirigiéndose como por curiosidad á ver los objetos que adornan la sala, y fijándose en un cuadro que habrá léjos del asiento donde está Benigno, dirá con intencion y como llamando á Emilia.

JUAN. ¡Oh! qué lindo cuadro, Emilia.
BENIGNO. (No es bonito el que me espera).
EMILIA. (*Levantándose y acercándose á Juan*).
Voy á verlo; la pintura
me encanta.
BENIGNO. (*Aparte*). Ya se la lleva.
(*Coje un periódico y lee en silencio*).
JUAN. (*A Emilia*). Cuadro bello el de ese rostro.
EMILIA. Es lisonja ó advertencia.
¡Cree que me pinto!
JUAN. En su cara
nació la pintura hecha;
por eso la amo.

EMILIA. ¡Qué embuste!
JUAN. Pues callo...
EMILIA. (*Apresurándose á rectificar*). No, no me crea
tan rígida, ¿quién no absuelve
las mentiras lisonjeras?
JUAN. Son las frases amorosas
verdad.
EMILIA. Según donde suenan:
son, si en el oido caen,
notas más ó ménos bellas;
y si caen en el alma,
voces del cielo en la tierra.
JUAN. Quien habla así las ha oido,
y hasta el pasado me encela.
EMILIA. ¿Quién?...
JUAN. Miguel.
EMILIA. Nos criamos juntos.
Yo era tan niña que apenas
si el amor en mi bullia
como la imágen incierta
del sueño: se abren los ojos
y en el alma nada queda.
Le quiero como á un hermano.
JUAN. El la ama de otra manera,
y más dichoso que yo
obtuvo al menos promesas.
EMILIA. Le hablé de amor, que era en mí,
—vá de imágenes poéticas,—
el rumor que el agua pura
forma al manar entre piedras;
música de los arroyos,
que la cantan sin saberla.
JUAN. Quien así el amor entiende
es que ama.
EMILIA. ¡Oh! no; más pudiera...
JUAN. (*Con pasion*). Dí que me amas.
EMILIA. ¡Cómo apura!
(Vaya ¡hoy se me va la lengua!
¡Si se acercara Benigno!
¿Lo llamo? Eso no; ¡que él venga!)
JUAN. Dilo por Dios.
EMILIA. Sólo digo
que pudiera...
JUAN. ¡Si supieras!...
pero á esa edad, ¡qué se sabe!
EMILIA. ¿Quién lo ha dicho?
JUAN. Mi experiencia.
EMILIA. Pues sabe poco. Estos hombres
que algunos años nos llevan
nos ven de niñas y creen

que somos siempre muñecas.
Y en este caso, sé más,
pues sé la verdad entera
y usted á medias. Yo sé
que usted me ama.

JUAN. No es gran ciencia.

EMILIA. Lo que sé y usted ignora
es que...

JUAN. (*Con pasion*). Habla.

EMILIA. (*Con ruborosa coqueteria y como quien dice algo que le cuesta gran trabajo y vergüenza*).
Es que...
(*Con dulce enojo como si pidiera que le ayudase á acabar*). ¿No acierta?...
Yo... tambien le amo.

JUAN. (*Con pasion*). ¡Oh!

EMILIA. (*Con cariñosa burla*). Ve cómo
estaba enterado á medias!
(¡Lo dije! El sentirlo es fácil,
mas decirlo, ¡ya es tarea!)

JUAN. (*Con fuego*). ¡Mi bien! (*Le coje la mano que va á besar*).

BENIGNO. ¡Eh! muchachos; pasen
las frases, las manos quietas;
¿soy de estuco?

EMILIA. (*Aparte y contrariada*). ¡Qué oportuno!
ahora que estorba se acerca.

JUAN. ¡Qué felicidad, si no
la amargara una tristeza!
Amarnos y ¿para qué?

EMILIA. Para amarse: que ¿es friolera?

JUAN. Sin término.

EMILIA. Amor sin fin,
pues el que ama eso desea.

JUAN. Quiero decir que no hay término
cuando al altar no se llega,
y antes de oirte he tratado
de contar con la aquiescencia
de papá.

EMILIA. ¿Antes que la mia?

JUAN. Es que contaba con esta.

EMILIA. ¡Qué vanidad!

JUAN. Niña cándida,
yo tambien tengo mi ciencia.

EMILIA. ¿Y papá consiente?

JUAN. Hablóme
muy cortés, pero se niega.

EMILIA. Entónces...

JUAN. No manda un padre
en el alma.

EMILIA. Si se empeña...
JUAN. ¡Oh! para las tiranías
se hacen las desobediencias.
EMILIA. ¡Desobedecer!...
JUAN. ¿Es nuevo?
Mal conoces la existencia.
EMILIA. (*Entristeciéndose y llorando*).
Ya ves, empiezo á llorar,
es que empiezo á conocerla.
No te entiendo...
JUAN. La mujer
no es dueña de sí hasta cierta
edad; eres aun muy niña.
EMILIA. Pues se espera.
JUAN. ¿Y quién espera
amando?
EMILIA. Quien ama bien:
¡Vaya, lo difícil fuera
esperar no amando!
JUAN. Pero
siempre, siempre. .
EMILIA. ¿Y quién lo piensa?
dos, tres años.
JUAN. Ni uno; es todo
largo para quien desea.
La voluntad y el cariño
distancias y tiempo abrevian.
EMILIA. Voluntad y amor me sobran:
mas... no alcanzo...
JUAN. Pues espera...
(*En este momento aparece Víctor en la puerta izquierda*).
Ya hablaremos... disimula.
(*Se aparta de ella*).
BENIGNO. ¡Gracias á Dios que álguien llega!
Si nos tardamos un poco
este bribon la subleva.

ESCENA V.

EMILIA.—JUAN.—BENIGNO.—VÍCTOR.—CLEMENTE.

BENIGNO. (*A Víctor*). ¿Se acabó el negocio?
VÍCTOR. Es hecho.
BENIGNO. (*Con malicia*). Aquí tambien.
CLEMENTE. (*Entrando por el foro*).
La hice buena.
EMILIA. ¿Qué te ha ocurrido?
JUAN. ¿Qué pasa?
CLEMENTE. Que con la impunidad esta

hay un riesgo en cada calle.

BENIGNO. Y un pillastre en cada puerta.
(Mirando con intencion á Juan que está junto á la puerta del foro).

CLEMENTE. Iba yo á la joyería,
y al pasar por la Carrera
sentí corridas y voces
de: «¡A ese! ¡Al ladron! ¡Que lo prendan!»
Curioso, no interesado,
me paré ¡nunca lo hiciera!
y ví un mocete que huía
con un bulto de piel negra,
y en pós, uno de esos guardias
que corren y nunca llegan.
«Deténgalo usted,» me gritan.

BENIGNO. ¿Qué hiciste?

CLEMENTE. Seguir las reglas
prudentes, abrirle paso
y dejarle que corriera.

VÍCTOR. Muy bien hecho.

BENIGNO. Muy bien hecho.

JUAN. ¿Y pasó cerca?

CLEMENTE. Tan cerca,
tan á mi alcance, que si
no me aparto me atropella.

JUAN. ¿Era un ladron?

EMILIA. ¿Y qué cara
tenia?

CLEMENTE. La de cualquiera,
(*A Juan*) la de usted. Vamos al caso:
hasta mí la turba llega.
«Se ha escapado—exclama el guardia—
por ese tuno.»—Yo era.
«Es cómplice—una voz dice.—
Otra, «si andan en parejas.»
La voz, «uno para hurtar
»y otro para que proteja
»la retirada.» «A la cárcel.»
—Yo, «¡este traje, esta decencia!»
Voz, «¡hay pillos muy decentes!»
Voz, «¡cómo nada les cuesta!»
Y mirando huir al ratero
y sin oir mis protestas
entre el guardia y la voz pública
casi á la cárcel me llevan.

VICTOR. Por tonto.

BENIGNO. En lo ajeno hasta
por curiosidad se peca,
quéjense los doloridos
y los despojados prendan.

Lance terminado.

CLEMENTE. ¡Quiá!
Di al inspector mi tarjeta
y para identificarme
me acompaña una pareja.

VICTOR. Yo lo arreglaré. (*Haciendo como que sale*).

BENIGNO. (*Deteniéndole*). En mi casa
me toca á mí esa tarea.
(*Se van por el foro Emilia, Benigno y Victor*).

ESCENA VI.

CLEMENTE.—JUAN.—CÁRMEN y MIGUEL.

Este por la izquierda vestido de frac y corbata blanca: trae en la mano clac y abrigo que deja sobre un sillon. Aquella con abanico, guantes puestos, etc , y en la cabeza diadema de perlas. Sobre un brazo trae elegante abrigo que se pone en escena ante un espejo hácia el que se dirige al entrar y delante del cual permanecerá arreglando los pormenores de su tocado hasta que se indique otra cosa.

CÁRMEN. A sus órdenes.

JUAN. ¡Qué hermosa!
(*Se coloca junto á Cármen y le habla en voz baja*).

CLEMENTE. (*A Miguel*). ¡Madrastra más hechicera!
Más que esposa de tu padre
hermana tuya semeja.

MIGUEL. Y en mi, no hijastro, hijo tiene
que la quiere y la respeta.

CÁRMEN. (*A Juan y aparte*).
¡Siempre tan bromista!

JUAN. Llama.
broma á mi pasion más séria.

CÁRMEN. O locura. (*Con coquetería y mirándolo picarescamente*).

JUAN. (*Con pasion y alzando la voz*).
Y si me mira
vértigo que me marea.

CLEMENTE. (*Que ha oido*). Se va á fondo el libertino,
y en mis barbas la corteja;
ya no hay moral, ni respetos,
¡Moral! ¡Pues si yo pudiera!

CÁRMEN. (*Que habrá notado que la observan y la oyen, dice con intencion y como advirtiendo á Juan que baje la voz*).
Me asustan los locos; gritan
mucho.

JUAN. (*Bajo y casi al oido.*) Si los desesperan;
que si hay manos que los mimen
y amor que los adormezca

saben gozar muy callados,
porque la dicha es discreta.

CÁRMEN. (*Apartándose un poco siempre con coquetería*).
Apártese, al ménos hasta
que me vista: que tan cerca
tanto calor va á romper
esa luna de Venecia. (*Por el espejo*).

JUAN. Si no salta al reflejar
esos ojos ¿á qué espera?
¡Y que tienen sus miradas,
ancha red en torno suelta,
que con ser de hilos de luz
como de acero encadenan!
(*La situacion interna de los personajes en esta escena es la siguiente: Juan habla y procede con libertad y desembarazo como libertino temerario, acostumbrado á tales galanteos y que no repara en respetos sociales ni en comprometer á la mujer galanteada. Cármen con la libertad y coquetería propias de una mujer de mundo á quien agradan los galanteos y los admite sin reparo, bien que solamente por frivolidad y ligereza, por indiferencia complaciente, pero todavia sin intenciones pecaminosas. Clemente como quien tolera con calma perfecta todos los excesos que presencia. Miguel por su parte, sospecha por las actitudes que ve y aun por medias palabras que recoje, que entre su madrastra y Juan se trata algo deshonroso para él. Así es que dado su carácter se manifiesta intranquilo y nervioso. Atiende y procura oir pero disimula. Lee un momento algun periódico que deja pronto y vuelve á cojer despues, se levanta y se sienta frecuentísimamente y va y viene hácia Juan y Cármen quienes interrumpen su diálogo cuando se aproxima y lo reanudan cuando se aleja*)

MIGUEL. ¡Se guardan de mí! El pecado
siempre afónico! Si oyera...
(*En el momento de decirse los últimos versos Clemente que ha advertido el desasosiego de Miguel trata de distraerle y hablarle como para encubrir lo que pasa y como no lo consigue dice á Miguel*).

CLEMENTE. Pero, hombre, ¿tienes azogue
en las manos y las piernas?

MIGUEL. Los nervios.

CÁRMEN. (*Como refiriéndose á lo que le dice Juan*).
Flores al cabo
y las flores poco pesan.

JUAN. ¿Y si fuera cierto?

CÁRMEN. Entonces
tendré que ser muy severa.

JUAN. (*Con pasion*). Pues empiecen las crueldades
porque la adoro de veras.
MIGUEL. ¡Oh! (*Que ha oido algo*).
CLEMENTE. ¡Qué!
MIGUEL. ¿Qué ha dicho?
CLEMENTE. (*Reponiéndose y en son de broma y queriendo distraer la atencion de Miguel*).
¿Has oido?...
(Si oye mueve una pendencia).
MIGUEL. (*Tratando tambien de disimular y convencer á Clemente de que es ilusion lo que ha oido*).
Nada, no ..
CLEMENTE. Pensé...
MIGUEL. (*Aparte*). (¿He oido
o he soñado?)
CLEMENTE. Son lindezas
corrientes que á nadie ofenden.
MIGUEL. ¡Cuando hay oidos de piedra!
CÁRMEN. (*Aparte*). ¡No quiero verle ni oirle
me da miedo su insistencia!
(*Se aparta bruscamente de Juan como para ver cualquier objeto. Juan acercándosele y al oido*).
JUAN. En el concierto hablaremos.
CARMEN. Esta es una cita en regla. (*Alejándose*).
JUAN. (*Con aire de triunfo*).
Huye, luego teme: es mia.
Esta amada: esposa aquella.
MIGUEL. (*Por Cármen y aparte*).
¿Es traicion que disimula,
ó virtud que se subleva?
CLEMENTE. (*Cogiendo del brazo a Juan y llevándoselo aparte como por cortar un escándalo le dice con afectado modo*).
¡Imprudente!
JUAN. ¡Qué!
CLEMENTE. Ame usted;
pero en voz baja siquiera!
(*Clemente y Juan se dirijen hácia la puerta derecha*).

ESCENA VIII.

CÁRMEN.—MIGUEL.—EMILIA por el foro.

CÁRMEN. (*A Emilia*). ¿Se arregló?
EMILIA. Todo.
(A *Juan al ver que se vá*). ¿Se va?
CLEMENTE. A llamar á Víctor.
(*Se van por la derecha Clemente y Juan*).
CÁRMEN. ¿Vamos?

Toma. Es tarde. (*Dando el abrigo á Emilia*).

EMILIA. ¿No esperamos
á Juan? digo.... ¿á mi papá?
(*Emilia se pone su abrigo que le ha dado Cármen y se arregla coquetonamente delante de un espejo tarareando con alegría una cancion. Cármen se habrá quedado pensativa*).

MIGUEL. ¡Cuánta alegría! (*A Emilia*).

EMILIA. ¿Y qué quieres?

MIGUEL. Verla siempre tan intensa,
tan sin cuidado.
(*Mirando con intencion á Cármen y marcando*).
El que piensa
duda al cabo.

CÁRMEN. Los placeres
en la hermosa edad primera
se cuentan por el amor.

MIGUEL. Como despues el dolor
por las dudas se numera.
(*Cármen se levanta agitada*).
Que, al dudar, hay que escoger
y hay riesgos en la eleccion.

CÁRMEN. La pureza de intencion
guarda siempre á la mujer.

EMILIA. Ni al candor la injuria alcanza.

MIGUEL. ¡El candor! Esa es la brecha,
defiende de la sospecha,
pero expone á la asechanza.

CÁRMEN. Cuando hay gentes que se atrevan.

MIGUEL. O segun con quien viviere.
La virtud cae donde quiere,
el candor donde lo llevan.
¡La pureza! tambien pura
baja del cielo la nieve:
estienda su masa leve
sobre no pisada altura,
y allí vivirá sin fin
manto de plata bizarro.
Caiga la nieve en el barro,
y tomando el molde ruin
y el color ennegrecido
del revuelto cenagal,
acrecentará el caudal
de aquel foco corrompido.
La inocencia así de todo
toma forma y toma aliño.
¿Cae en la altura? Es armiño.
¿En el lodo? ¡Será lodo!

CARMEN. Gracias á tu buen pincel
pase la exageracion.

EMILIA. (*Aparte*). ¿Si papá tendrá razon?
¿Si será tonto Miguel?
CÁRMEN. ¿Ni qué riesgo hay que temer
de un concierto para huir?
MIGUEL. ¿Huir? Pues si yo he de asistir.
CÁRMEN. ¿Tú?
MIGUEL. Sin falta. Quiero ver
al pirata que al abrigo
de la bandera amistosa
usa en casa de la esposa
la confianza del amigo.
(*Cármen baja la cabeza y se sienta contrariada*).
Ver allí entrar en campaña
al hijo de la aventura,
que aprovecha su figura
y el candor de la que engaña,
pescando un dote ó un nombre
para vivir á placer
de limosnas de mujer
y de compasion del hombre.
(*Emilia tambien se manifiesta contrariada y se sienta á otro estremo de la escena. Cármen baja la cabeza, ocultándola entre las manos*).
CÁRMEN. Estoy nerviosa. Me duele
la cabeza...
(*Se quita el abrigo y lo echa sobre un mueble*).
EMILIA. ¿Y ya no vás?
Quédate, si mala estás.
CÁRMEN. ¿Por tí...
EMILIA. No te desconsuele
(*Se despoja tambien de su abrigo y lo tira junto al de Cármen*).
CÁRMEN. ¿Qué haces?
EMILIA. Juntar los abrigos:
temo un dolor de cabeza.
CÁRMEN. (*Dando á Miguel el abanico que él pone sobre la mesa donde estaba ántes*).
Toma... Tengo tal pereza,
que á no ser por los amigos...
EMILIA. ¿No ibas?
CÁRMEN. Voy por complacer.
EMILIA. Y faltarles... es vergüenza.
MIGUEL. Por complacencias comienza
la desgracia en la mujer.
En las lisonjas que escucha
piensa por puro recreo;
del pensar nace el deseo
y del deseo la lucha.
En la lucha ya no hay calma,
hay pasion, que, aún contenida,

en mujer á un hombre unida
ya es adulterio del alma.
El alma á la carne mueve
como el vapor á la rueda,
y ya recorrido queda
todo ese camino breve
donde están, en progresion
de fatal continuidad,
al partir, la santidad
y al fin la prostitucion

CÁRMEN. Ni así las pasiones entran.

MIGUEL. La deshonra en un instante.

CÁRMEN. (*A Emilia*). Desabróchame este guante.
(*Emilia lo hace. Cármen se lo quita y lo arroja sobre una mesa mientras Miguel sigue hablando*).

MIGUEL. Ved; dos miradas se encuentran;
salta un afan tentador;
lo aprovecha un insensato;
dos frases, y hay un contrato
(*Mirando á Cármen*).
de deshonra (*Mirando á Emilia*) ó de dolor.

EMILIA. ¿Y si enamora un malvado?...

MIGUEL. Se hace el mundo el distraido
y le elogia en vuestro oido
y le sienta á vuestro lado.

CÁRMEN. (*Quitándose el aderezo que lleva en su cabeza y arrojándolo con desden*).
Me quedo.

EMILIA. ¿Y qué haré esta noche?

MIGUEL. Huir de un corazon villano.

EMILIA. (*Refiriéndose á sus guantes que quiere y no puede desabrochar*).
¡No puedo! ¿No hay una mano
que mis guantes desabroche?
(*Miguel, lleno de júbilo, se apresura á quitarle el guante, que arroja léjos con los de Cármen*).

MIGUEL. La mia... que es fraternal.
Aún hay salvacion, consuelo;
aún no os ha enterrado el hielo
de esta Siberia moral.
(*A Emilia*). Tienes alma y aún espero
pago á este amor con que lucho;
que me quieras—y esto es mucho—
ménos, ménos que te quiero.

EMILIA. Me sonrojas. Más cordura:
no estamos solos los dos.

MIGUEL. Amor que no ofende á Dios
¿ofenderá á la criatura?

EMILIA. El amarte en mí no está.

MIGUEL. ¡Oh!

EMILIA. (*Con bondad*). Tu rencor me heriria.
MIGUEL. No, mi amor no es mercancía,
y no se cambia; se dá.

ESCENA VIII.

Dichos, BENIGNO, CLEMENTE, VÍCTOR y JUAN.

CÁRMEN. Ya no vamos al concierto.
CLEMENTE. ¡Y despues de tanto afan!
VÍCTOR. ¿No van? (*Como contrariado*).
JUAN. (*Lo mismo*). No van.
MIGUEL. Que no van.
CÁRMEN. Caprichos.
(*Como contestando á las miradas interrogantes de Clemente*).
CLEMENTE. (*A Benigno*). En esto advierto
la mano de tu Miguel.
BENIGNO. Dándoselas de profundo
quiere hacer de todo el mundo
misántropos como él!
CLEMENTE. (*A Benigno*). Y pronto, si te aconsejas
del moralista irrisorio,
tu salon será oratorio
de devotos y de viejas.
BENIGNO. (*A Cármen*). Cármen, si sabes que gozo
en tus placeres, ¿por qué
no vas?
(*Benigno se detiene como aguardando contestacion. Cármen calla y baja los ojos como no sabiendo qué contestar, y Benigno añade*).
Di.
MIGUEL. (*A Benigno aparte*). Yo lo diré:
porque sabe que ese mozo (*Por Juan*).
quiere el dote, que no á Emilia.
BENIGNO. ¡Celos tuyos!
MIGUEL. Caridad.
Hará su infelicidad.
BENIGNO. Eso incumbe á su familia.
MIGUEL. Duda de todo, no arguyo,
desde el amor al altar;
pero respeta el hogar
si quieres paz en el tuyo.
VICTOR. Vamos, y no anden reacias
para esta fiesta suprema,
exposicion de la crema
de las tres aristocracias.
JUAN. Un concierto en el que canta
Massini.
CLEMENTE. Por eso no;

¡Si fuera Gayarre!

BENIGNO. Yo
prefiero á Massini.

CLEMENTE. ¡Espanta
que tal digas!

VÍCTOR. No, señor.

CLEMENTE. ¡Gayarre es el soberano!

BENIGNO. ¡Es mejor el italiano!

CLEMENTE. ¡El navarro es superior!

BENIGNO. Solo duda quien no entiende.

CLEMENTE. Pues yo lo dudo en conciencia.

BENIGNO. (*Provocativo*). Pues saca la consecuencia.

CLEMENTE. (*Enojado*). Pues á mí nadie me ofende.

BENIGNO. (*Amenazador*). ¡Clemente!

CLEMENTE. (*Lo mismo*). ¡Benigno!

VÍCTOR. (*Apaciguándolos*). Tino.
¿Van dos amigos del alma
á reñir?

BENIGNO. ¡Quién tiene calma
para oir tal desatino!

CLEMENTE. (*A Miguel que durante esta riña ha permanecido silencioso y alejado del grupo donde controvierten*).
¿Tú, qué opinas?
(*Miguel se encoje de hombros con indiferencia*).

BENIGNO. (*Al verlo y á Miguel*). ¿Nada sientes?

MIGUEL. (*Con calma*). Algo ha de haber para mi
indiferente.

BENIGNO. ¡Ahora di
que somos indiferentes!

MIGUEL. No tal; tolerais en calma
vicio, perfidia, impudor;
pero, en tocando á un tenor,
os han tocado en el alma!

ESCENA IX.

Dichos.—UN CRIADO, que entra y dice algunas palabras al oido de Cármen.

CÁRMEN. (*Despues de oidas las palabras del criado*).
El collar que Emilia espera
no viene por esta vez.

EMILIA. ¿Qué?

CRIADO. Lo han robado á las diez
al criado en la Carrera.

BENIGNO. ¡Carrera, las diez, robado!
El ratero de tu lance.

CLEMENTE. ¡Y lo he tenido á mi alcance!

MIGUEL. (*Con ironia*). ¡Qué lo prenda el despojado

(Pausa breve).

BENIGNO. Os han venido á buscar...
Y desairarlos no es bueno.
JUAN. *(A Víctor en voz baja).*
Hallamos firme el terreno.
VÍCTOR. *(A Juan).* (Podemos pisotear).
CLEMENTE. *(A Benigno).* Benigno, ¿tu esposa vá?
BENIGNO. *(A Clemente).* Clemente; ¿vátu hija, dí?
CLEMENTE. (¡El allá!) Vaya, por mí...
BENIGNO. Pues por mí... vaya. (¡El allá!)
MIGUEL. *(A Benigno).* No es malo ir sino que van
con pillos.
CLEMENTE. *(A Emilia).* Que losatiendas.
EMILIA. Pues tú me lo recomiendas
no será tan malo Juan.
CLEMENTE. *(Colocando en el hombro de Emilia una flor).*
La flor aquí; estás muy mona.
BENIGNO. *(Cogiendo la diadema que ántes dejó Cármen y poniéndosela en la frente).*
Y en tu frente nacarina
como en su concha marina
las perlas de esta corona.
VICTOR Engarzadas vuelva á verlas
en esos hilos rizados. *(Por el cabello).*
JUAN. *(Con gran expresion y mirándola tiernamente).*
Van á ser más codiciados
los engarces que las perlas.
EMILIA. (¡Cómo se miran!) *Observando con celos lo que hacen Juan y Cármen).*
BENIGNO. *(Dando á Cármen los guantes).* Los guantes.
(Clemente entrega tambien á Emilia los suyos, ellas se los ponen y Benigno y Clemente se los abotonan respectivamente).
EMILIA. (¡Y se hablan! ¿Qué le dirá?) *(Por Juan y Cármen. Despues dice á Miguel invitándole á abrocharle los guantes).*
Deprisa, abrocha.,.
MIGUEL. No, ya
teneis buenos ayudantes.
CLEMENTE. *(Poniendo el abrigo á Emilia dice á Miguel.)*
No le trastornes el juicio.
BENIGNO. Ya teneis lo necesario.
MIGUEL. (Corona para el calvario *(Por la diadema de Cármen).*
(Por el abrigo de Emilia).
y hopa para su suplicio).
CLEMENTE. *(Empujando suavemente á Emilia hácia fuera).*
¿Qué esperais?
BENIGNO. *(Haciendo lo mismo con Cármen).* Anda mujer.
MIGUEL. (El la empuja; éste la entrega).
BENIGNO. *(A Juan y Víctor).* Dad el brazo.

MIGUEL. (*A los mismos*). ¿Quién se niega?
No tienen más que cojer.
CLEMENTE. (*A Miguel*). ¿No vás?
MIGUEL. (*A Clemente*). Sí, por Belcebú;
acecha gente ratera
y, á dejarla pasar, fuera
tan cómplice como tú.
JUAN. (*A Emilia dándole el brazo*).
¡Cuánto te amo!
EMILIA. (*Mirando á Miguel y luego á Juan con amor*).
Miguel...
VÍCTOR. (*Dando el brazo á Cármen*). Vamos.
EMILIA. (*Por Miguel*). Decididamente es tonto.
BENIGNO. Adios.
CÁRMEN. Volveremos pronto.
BENIGNO. Cuando querais.
CLEMENTE. Esperamos
durmiendo.
MIGUEL. Sí, si; no enfermen.
CLEMENTE. La juventud á vivir.
BENIGNO. Y los viejos á dormir.
(*Clemente y Benigno se recuestan sobre dos butacas. Salen los demás con algazara, menos Miguel que espera á que todos hayan salido y despues cogiendo su abrigo y su clac dice*):
MIGUEL. Velemos por los que duermen.
(*Sale tambien*).
CLEMENTE. Ya ves si soy transigente;
pero si á Gayarre tocas.,.
BENIGNO. ¡Oh! si en eso me provocas...
CLEMENTE. Reñimos.
BENIGNO. Perpétuamente.
(*Se disponen á dormir y baja el telon lentamente*).

ACTO SEGUNDO

Exterior de un chalet cercano á la estacion del camino de hierro de Biarritz. A la derecha parte de la casa con dos fachadas, una enfrente del público con un gran balcon corrido ó terraza practicable por donde se vé lo interior de las habitaciones. Da á la escena la otra fachada tambien con ventanas y una escalinata que da acceso á la puerta de la casa. El resto de la escena figura jardin. En el fondo é izquierda verja con puerta practicable y detrás foro de árboles y cielo. En el jardin mesas y sillas rústicas, árboles, estufa, macetas, macizos de flores, estátuas, y en una palabra, el lujo y gusto que permitan los recursos del teatro.

ESCENA PRIMERA

EMILIA, CLEMENTE, VÍCTOR, JUAN, despues BENIGNO, repartidos por la escena: unos sentados, otros de pié, á veces quietos, á veces paseando por el jardin y contiuuando su paseo por la parte que no se ve de él, apareciendo y desapareciendo por distintos lados segun lo vayan indicando el diálogo y las acotaciones.

VÍCTOR. En estos meses de estío
este pedazo de costa,
por costumbres y por lengua
es una Francia española.

CLEMENTE. Sí, parece este camino
desde Biarritz á Bayona
una calle de Madrid
en viviendas y personas.
Este el hotel de Benigno,
á la izquierda el de Mendoza
y enfrente el de la marquesa
donde usted con ella mora. (*Por Víctor*).

JUAN. De España vienen los aires
de España vienen las olas,
de España son esos soles... (*Por los ojos de Emilia*).

EMILIA. Y hasta andaluza es la atmósfera.

VÍCTOR. ¡Un paraíso!

JUAN. ¡Y cambiarlo
por la vida monotona
de Madrid!
VÍCTOR. Ya á aquel infierno
la obligacion nos arroja.
CLEMENTE. Y empieza el desfile: Cármen
va á París á hacer sus compras
para el invierno.
JUAN. (*A Clemente*). Y mañana
á Madrid ustedes tornan.
CLEMENTE. Y Benigno. Allí nos llevan
negocios de mucha monta.
Tambien nuestro diputado
vendrá. (*Dirigiéndose á Víctor*).
VÍCTOR. La semana próxima.
BENIGNO. (*Saliendo del chalet*).
Pero qué ¿no entran ustedes?
la visita aqui es incómoda.
VÍCTOR. Al contrario: es preferible
respirar en estas horas
la salud que el mar envia
en sus brisas deliciosas.
BENIGNO. Si es por eso, bien.
CLEMENTE. La espera
de todas suertes es corta.
BENIGNO. Cármen está preparándose.
CLEMENTE. Aún así el tiempo no sobra. (*Mirando el reloj*).
De aquí á cuarenta minutos
sale el tren.
VÍCTOR. ¿Y parte sola?
BENIGNO. Si, mis negocios me impiden
acompañar á mi esposa
como deseo.
CLEMENTE. ¡Y privarla
de sus viajes de moda!...
BENIGNO. Fuera en mí egoismo.
VÍCTOR. Claro.
CLEMENTE. Y tirania.
VÍCTOR. ¡Horrorosa!
(*Víctor, Clemente y Benigno se retiran hácia el fondo paseándose como siguiendo la conversacion, apareciendo unas veces, y otras ocultándose trás la casa como si prolongaran su paseo por las calles de árboles que hay trás ella. Juan y Emilia se acercan á su vez al proscenio y hablan alto como continuando una conversacion empezada*).
JUAN. ¡Ingrata, ni aún me contestas!
EMILIA. ¿Y qué quiéres que responda?
Sé resignarme esperando,
sé amarte con pasion loca,

pero no hallo la salida
de esta situacion penosa.

JUAN. ¡Esperar! puede esperarse
una dicha aunque remota
y sufrir un purgatorio.
si hay á su fin una gloria.
Pero aguardando han pasado
ya tres meses.

EMILIA. De congojas.

JUAN. Dos veces, ayer la última,
te he pedido por esposa
y tu padre se ha negado.

EMILIA. Hoy obedecer me toca.
Edad vendrá en que la ley
mi derecho reconozca.
Faltan tres años.

JUAN. Tres siglos
si los cuenta quien adora.

EMILIA. Puede papá cambiar ántes.

JUAN. Mejor tu alma caprichosa...

EMILIA. La de un padre que ama es cera,
la de mujer que ama es roca.

JUAN. Bien; resignada consúmase
la juventud soñadora;
dése al llanto el mejor tiempo
del placer, la vida corra
siendo en nosotros envidia
el amor de que otros gozan.

EMILIA. Tienes razon, mas ¿qué hacer?

JUAN. Hay una salida.

EMILIA. ¿Honrosa?
(*Juan calla un instante. Emilia, al observarlo, añade*).
¿Dí si lo es?

JUAN. Las que terminan
en el altar lo son todas.

EMILIA. ¡No entiendo cómo!

JUAN. Se trata
de un ardid que haga forzosa
nuestra union.

EMILIA. ¡Por el escándalo!

JUAN. ¡Me has entendido!

EMILIA. (*Con tristeza*). De sobra.
Una fuga.

JUAN. No...

EMILIA. Sí, fuga;
demos su nombre á las cosas.
¡Y pensé que me querias!

JUAN. Porque te quiero me acosa
esta impaciencia. Ya hicimos

lo que pudimos.

EMILIA. Ahora
hagamos lo que debemos.

JUAN. Pero...

EMILIA. Juan, sella la boca.
Podré hacer una locura,
no una infamia. Aún si lo estorba
mi padre, haré un casamiento
con su voluntad ó en contra,
nunca uno de esos zurcidos
de reputaciones rotas.

JUAN. No me amas.

EMILIA. Confieso que
tus propuestas no enamoran:
pero soy niña y te amo;
¡porque soy niña á tal osas!
¡Y porque te quiero mucho
esta infeliz te perdona!
(*Se aparta llorando de Juan. Durante la anterior conversacion Benigno y Clemente habrán pasado varias veces por el fondo como paseando, y Víctor llevando en la mano y leyendo algunos periódicos. Poco antes de acabar las frases últimas aparecerán estos personajes quedándose ya en escena y continuando sus diálogos. Víctor se separa de aquellos y se acerca á Juan, mirando un periódico que lee*).

VÍCTOR. Ya no hay duda; el ministerio
tiene contadas sus horas.
(*A Juan*). Es preciso que ahora mismo
el equipaje dispongas.

JUAN. Lo mismo estaba pensando.

VÍCTOR. Y á Madrid.

JUAN. Tú sí: yo en otra
direccion, la de París;
acompaño á la señora
de Benigno.

VÍCTOR. Yo entendia
que á Madrid iba tu novia.
Renuncias á ella. (*Por Emilia*).

JUAN. (*Bajo á Víctor*). Al revés,
precipito más las cosas;
finjo retirarme y caigo
sobre su flaco: es celosa.

VÍCTOR. Mucho arriesgas.

JUAN. La conozco.

VÍCTOR. ¿Y si te deja con la otra?

JUAN. Entonces parto de veras
con Cármen; ¡es tan hermosa!

CLEMENTE. ¿Es tarde?

BENIGNO. Avisaré á Cármen
no se le pase la hora.
(*Entra en el hotel por la escalinata*).
VÍCTOR. Pero una fuga...
(*A Juan, que le habrá seguido hablando en voz baja*).
JUAN. No hay
otra manera.
VÍCTOR. Es traidora.
JUAN. Se trata de mi fortuna,
digo, de mi dicha, y nota
que soy tu sobrino.
VÍCTOR. ¿Y qué?
No apruebo.
JUAN. (*Con intencion*). Haciendo mi boda
entras en esta familia,
la familia es poderosa
en Sueca, y hay distrito
perpétuo y con fuerzas propias.
VICTOR. Casado tú con Sueca...
Digo...
JUAN. Sí, ¿quien te hace sombra?
VÍCTOR. Allá tú, y nada me digas,
si lo dices, no lo oiga,
que va á preocuparme mucho,
esa pérfida tramoya
si con la crísis pudiera
ocuparme en estas cosas.
Basta.
JUAN. Es poco consentir;
hay que ayudar en la obra.
VÍCTOR. ¿Tambien eso? Me opondré...
en principio, y no en persona
porque soy tu tio y... claro,
¿con que derecho se estorba
la fortuna, no, la dicha
de quien tan de cerca toca?

ESCENA II.

Dichos.—CÁRMEN, que sale de la casa en traje de viaje y desde lo alto de la escalera dice.

CÁRMEN. Ya estoy lista. ¡Cuánto bueno
por aquí!
JUAN. La córte toda
despide á su reina.
CÁRMEN. ¿El coche?
JUAN. Allí está con mi victoria:

lo traje para que Emilia
fuese con usted, y ahora
servirá para mi marcha.

VICTOR. (*Mirando á Emilia como dedicando á ésta sus palabras*).

EMILIA. ¿Se vá?

VÍCTOR. A París.

EMILIA. (*Por Cármen.*) Tambien ella.

VÍCTOR. Han coincidido sus horas. (*Con malicia*).

JUAN. Vamos por el equipaje
Hasta despues.

EMILIA. (*A Juan.*) Hasta ahora.
(*Juan y Víctor se van por el foro*).

ESCENA III.

EMILIA.—MIGUEL que sale del chalet: los demás personajes van desapareciendo hácia el foro y á los lados paseando.

MIGUEL. (*Acercándose cariñosamente a Emila que llora*)
¡Lloras!

EMILIA. No. (*Tratando de disimular*).

MIGUEL. ¡Sí!

EMILIA. No lo extrañes.

MIGUEL. ¡Y saber la causa quiero!

EMILIA. Ninguna. (*Con tono evasivo*).

MIGUEL. (*Con dulzura.*) No me ames; pero
no merezco que me engañes.
Conmigo en tiempos mejores
tus secretos compartias;
dale á Juan tus alegrías,
más guárdame tus dolores.

EMILIA. Entónces...

MIGUEL. Me amabas.

EMILIA. (*Contrariada.*) ¡Bah!

MIGUEL. No te enoje: eso pasó:
yo aún te amo: enójate ó no,
que esto nunca pasará.
Te habló Juan...

EMILIA. De su querer.

MIGUEL. ¿No más?

EMILIA. ¡No! (*Tímidamente como quien no se atreve á mentir*).

MIGUEL. Fingiendo estás
y aún no sabes; pero vas
en camino de aprender:
y pondrás pronto en olvido
hasta tu honor y tu fé.

EMILIA. Resisti; resistiré.
MIGUEL. No podrás.
EMILIA. Tú has resistido.
MIGUEL. Su forma el hierro mantiene
y á la mano no se doma;
el agua la forma toma
del cristal que la contiene.
EMILIA. La pasion pasiones crea;
yo las crearé en derredor,
que al cabo funde el calor
la nieve que la rodea.
MIGUEL. Aunque el fuego brechas haga
en la nieve, ¡vano alarde!
no es la nieve, la que arde,
es el fuego el que se apaga.
EMILIA. Tienes razon: mi energía
en la lucha desfallece.
que hasta el alma se entumece
en esta corriente fria.
Que es fácil con fé y anhelo
vencer al viento y al mar,
difícil no resbalar
caminando sobre el hielo.
MIGUEL. Antiguas corazonadas
contra él te presten abrigo.
EMILIA. Sólo cuando hablo contigo
siento aquellas llamaradas.
MIGUEL. ¿Te acuerdas? Tu edad primera
al primer amor se abria.
«Te adoro» te dije un dia,
y, entre gozosa y severa,
los ojos bajaste al suelo
y á él inclinaste la cara,
¡que fué como si bajara
á la tierra todo el cielo!
Mudos tus lábios temblaban
y no entenderme fingian,
pero tus ojos decian
lo que tus lábios callaban.
¡Ah! No encontraré jamás
aquellos dias serenos,
boca que dijera ménos,
ni alma que adorase más.
No amará tu corazon
como entonces.
EMILIA. ¡Eso sí!
Más aún.
MIGUEL. Si no es á mí
cállate, ¡por compasion!
EMILIA. Callaré. Perdon, Miguel.

Arbol de selva bravía
es el amor; no se guía,
ni se planta; brota él.

MIGUEL. Juan no es digno de tí.

EMILIA. No.

MIGUEL. ¿Le quieres y eso proclamas?

EMILIA. Juzga por tí, tambien me amas
y no lo merezco yo.
Serán delirios del gusto;
pero más se ama lo infame.
Yo no sé porque se ame...
(*Queda un momento recapacitando como quien busca un ejemplo con qué convencer, y dice señalando á una mata de flores del jardin*).
Mira ese florido arbusto;
crece aquí en la podredumbre
de este suelo fermentado,
más brioso y perfumado
que en lo limpio de esa cumbre.

MIGUEL. Y mi amor solo procura
que el amor que en tí se encierra,
aunque arraigado en la tierra,
crezca siempre hácia la altura.
Sabiendo el mal discernir
tú eres culpable.

EMILIA. Quien vivo
puso ante mí el incentivo
sin luz para resistir
á esa transfiguracion,
con que la pasion fatal
va trocando en bien el mal
y el defecto en perfeccion.
Cuando va el deseo en pós
nada hay deforme ó villano;
el amor pone su mano
y el hombre queda hecho Dios.
El lo hará mejor que sea,
que á su mágia lo ruin crece,
hasta el vicio se embellece,
y hasta el crímen se hermosea.
Y cuando el alma es más pura
le da más limpios colores,
¡que los cielos interiores
le reflejan su hermosura!

MIGUEL. Tus frases me dan terror.
Algo ocultas no inocente.

EMILIA. No. (*Con timidez*).

MIGUEL. Solo si es delincuente
sabe callar el amor.

EMILIA. ¡Miguel!

MIGUEL. ¿Adivino?
EMILIA. Nada.
Suspicacias de celoso.
MIGUEL. No puedo hacerme tu esposo,
pero sí he de hacerte honrada.
Porque el alma se despeña
más cuando tiene más brio.
EMILIA. Quiero ser buena, en tí fio,
porque aquí nadie me enseña.
MIGUEL. No le hables más.
EMILIA. No lo haré.
MIGUEL. Ni le veas.
EMILIA. ¡Ah! ¡Eso sí!
Le llevo dentro de mí!
MIGUEL. *(Aparte.)* Le ama mucho: velaré.
(Se vá hácia la izquerda y desaparece detrás de la casa).

ESCENA IV.

EMILIA, CÁRMEN, JUAN. Estos aparecen como si vinieran paseando por el jardin.

EMILIA. ¡Ellos! No los veré. *(Intentando marcharse).*
CÁRMEN. Emilia, *(Esta se detiene al ser llamada).*
me place encontrarte; así
nos despedimos aquí.
JUAN. Yo tambien de la familia.
CÁRMEN. Pienso que será mi estancia
en París corta.
JUAN. Muy corta
será.
EMILIA. De ella no me importa. *(Por Cármen).*
¡Tú á Madrid! *(Aparte á Juan).*
JUAN. *(Aparte á Emilia).* Y ántes á Francia.
EMILIA. ¡No me engañaron!
JUAN. Mi pecho
quiere curar en la vida
vertiginosa su herida.
EMILIA. ¡Infame!
JUAN. ¿Y con qué derecho
me acusas si no me quieres?
EMILIA. ¡Que no! Esta raza traidora
piensa que sólo se adora
sacrificando deberes;
que no ha de llorar falsías
ni quejarse en razon puede
sino la infeliz que cede
á sus torpes villanias.

JUAN. Si el amor no es sacrificio,
es apetito, no amor;
mira y verás en redor
quien se sacrifica. (*Por Cármen, quien durante este diálogo se entretendrá cojiendo algunas flores del jardin*).

EMILIA. Al vicio.
La quieres más.

JUAN. No.

EMILIA. Eso es.

JUAN. Habla, decídete ya
y aquí mismo me verá
arrodillado á tus piés.
¿Pero á una ingrata he de amar?
Ama y me verás amarte.
Si es mi delirio llevarte...

EMILIA. Al escándalo...

JUAN. Al altar...

EMILIA. Por enfangado rodeo.

JUAN. Por donde llegar se pueda;
no elije el amor vereda
ni escoje forma el deseo.
(*Señalando adentro*).
Te aguardo allí, el coche espera
y al tren; un dia se pasa
va tu padre, se nos casa,
nos perdona y dicha entera.

EMILIA. (*Apartándose de Juan dice á Cármen*).
¿Sabes que Juan me ama?

CÁRMEN. Oí
algo de eso.

EMILIA. Y no lo crees.

CÁRMEN. Piensas que le amo. (*Riéndose*).

EMILIA. ¡Oh, sé que es
tal cosa imposible en tí!

CÁRMEN. ¿Es ironía?

EMILIA. Es honor.
Pero te dejas amar...

CÁRMEN. Hija, ¿vamos á llorar
cuando nos hablan de amor?

EMILIA. Tu vanidad es cruel.

CÁRMEN. Mi decoro vivo está.

EMILIA. Pienso que muerto, pues ya
vuelan los buitres sobre él.

CÁRMEN. ¿Vamos? Venga él brazo.
(*Con coquetería intencionada á Juan que se lo dá*).

EMILIA. (*Llorando*). ¡Ingrato!

JUAN. (Vencida está). (*Por Emilia*).

CÁRMEN. (Está celosa.
Chiquilla más fastidiosa!

Ha de pagarme el mal rato).

JUAN. (Energía y soy su esposo).

EMILIA. ¡Juan! *(Dando un paso hácia él despues de vacilar. Juan se vuelve; pero al verlo cerca, Emilia se arrepiente de lo que ha hecho y dice con una transicion en que se revela la lucha entre su pasion y su decoro).*

¡Oh! no; vete con ella.

JUAN. *(Aparte yéndose con Cármen).*

O soy rico con aquella *(por Emilia).*

O soy con esta dichoso.

(Entran en el hotel y poco despues aparecen en la terraza donde quedan Cármen y Juan á la vista del público y hablando en voz baja y con interés).

ESCENA V.

EMILIA, CLEMENTE que aparece paseando por el foro.

EMILIA. Papá, vén. *(Llamando á Clemente).*

(Este se aproxima á Emilia. Victor continúa paseando; Emilia hace sentar á su padre en una mecedora, Clemente la invita á sentarse en otra. Emilia rehusa y se sienta en los brazos de la mecedora en que está sentado Clemente y dice)

Aquí es mejor.

De tí espero la verdad;
juego mi felicidad
y necesito tu amor.
Mi madre fué esposa pura;
pero ántes de ser su esposo,
¿fuiste celoso?

CLEMENTE. ¡Celoso!

¡Locura!

EMILIA. A tu edad, locura.

Va el sol léjos, con sus gasas
lo amortigua densa nube;
rásgala, acércate, sube
y verás como te abrasas!
Vuelve la cara á tu historia;
recordando y recordando
mi fuego irá deshelando
las gasas de tu memoria.
Mamá fué hermosa.

CLEMENTE. Y fué fiel.

EMILIA. Mira, como esa seria: *(Por Cármen).*
algun hombre le hablaria,
¡mira, mira, como aquel! *(Por Juan).*
en voz baja y con pasion;
y los viste con enojos,

como yo, lejos los ojos,
pero cerca el corazon.
¿Qué sentiste entonces, padre?

CLEMENTE. Nada: ¡preguntas extrañas!

EMILIA. O lo olvidas, ó me engañas,
¡ó no quisiste á mi madre!

CLEMENTE. Bien; sentí horrible tormento,
llanto que quiere matar,
amor que quisiera odiar.

EMILIA. Y no puede: lo que siento.

CLEMENTE. Atraccion que poco á poco
conduce á empresas no cuerdas.

EMILIA. ¡Asimismo! ¡Ya recuerdas
que alguna vez fuiste loco!

CLEMENTE. (¡Celosa! Así curaré
la pasion que la envilece;
allí la ocasion se ofrece;
debo aprovecharla).

EMILIA. Vé.

CLEMENTE. ¿Qué?

EMILIA. ¡Ese escándalo! (*Señalando á la terraza donde Juan y Cármen hablan íntimamente*).

CLEMENTE. Lo veo.

EMILIA. ¿Se amarán ambos?

CLEMENTE. Quizá.

EMILIA. Con ella á Paris se vá.

CLEMENTE. No lo sé, pero lo creo.

EMILIA. ¿Te opondrás?

CLEMENTE. ¿Por qué razon?

EMILIA. Porque quiero, porque lloro,
porque soy tu hija y le adoro
con todo mi corazon.

CLEMENTE. Por eso yo, hombre de juicio,
al ver que un falso te olvida,
ántes que impedir su huida,
debo estimar su servicio.

CÁRMEN. (*A Juan*). ¿Qué valdrá mi oposicion,
si usted en el tren se mete?

JUAN. Es que yo pido billete
de entrada en su corazon.

CÁRMEN. (*Con coquetería maliciosa*).
Ese costará muy caro.

JUAN. Mi alma.

CÁRMEN. Más de lo que tiene
ofrece.

EMILIA. (*A su padre*). ¿Escuchas?

CÁRMEN. (*Mirando á Emilia*). Que pene!

JUAN. No me tachará de avaro.

EMILIA. ¡Bah! ¡Pero eso es criminal,
por imposible increible!

CLEMENTE. Criminal sí; no imposible,
por desgracia es general.
EMILIA. ¡Sacrificio bien costoso
faltar al deber será!
CLEMENTE. Para el decoro quizá,
más fácil para el vicioso.
EMILIA. Tal sacrificio á mi ver
con dichas será pagado;
que para ser desdichado,
¿á qué faltar al deber?
(*Cármen y Juan rien como gozándose en el diálogo animado é íntimo que sostienen*).
CLEMENTE. ¡Ya lo ves, están gozando!
EMILIA. No sabes qué estás haciendo.
CLEMENTE. Mira, mira, están riendo.
EMILIA. ¡No me hables que estoy rezando!
(*Pausa breve*).
¡Y es justo que alguna vez
esté la felicidad
tan cerca de la maldad
tan léjos de la honradez!...
Dime al menos, padre mio,
que el mundo no lo consiente;
que el oprobio de la gente
reprimirá ese extravío.
CLEMENTE. ¡Y qué quieres que te diga!
Tú lo ves: con la memoria
corre la lista y la historia
de la sociedad amiga,
y verás que da igual culto.
á lo bueno y lo maldito.
EMILIA. La moral dice delito,
CLEMENTE. La costumbre dice indulto.
EMILIA. La opinion.....
CLEMENTE. Se satisface,
compuesta en su parte inmensa
del cobarde que el mal piensa
y el osado que lo hace.
EMILIA. ¡Padre! (*Llorando*).
CLEMENTE. ¡Bah! es loco capricho
amar á ese vividor...
ni seré consentidor....
EMILIA. ¡Y por qué no lo has dicho
ántes, ántes, que ya es tarde!
CLEMENTE. Toleré lo que era un juego.
EMILIA. ¡Yo era niña, prendió el fuego,
se hizo hoguera y todo arde!
CLEMENTE. (*Por Juan*). Es un vil,
EMILIA. Y es la pasion
abismo como el mar hondo;

sólo se conoce el fondo
cuando ya no hay salvacion.
(*Se va Clemente*).

EMILIA. Ellos me empujan, lo veo,
y tú, conciencia, lo ves:
cuanto miro y oigo es
cómplice de mi deseo.
Todo con su impunidad
mostrándome lo que puedo
vá quitándome este miedo,
freno de la liviandad.
Si ya se premia el deber
igual que la perversion,
cada hora de privacion
es un robo hecho al placer.
Aquí el honor y el asedio
de las penas noche y dia,
allí cerca la alegría:
¡pero cuánto abismo en medio!
No llenan su hueco hondo
(*Aludiendo al llanto*),
todas las aguas del mar:
para salvarlo hay que echar
mucha vergüenza en el fondo!
¿No amar? cuando muera, sí,
que ántes no está en mi albedrío;
mándame fuerzas, Dios mio,
si me quieres para tí.
(*Se dirige al fondo*).

ESCENA VI.

EMILIA, MIGUEL, que sale á tiempo de impedir la salida de Emilia.

MIGUEL. ¿A dónde vas de ese modo?
EMILIA. Ni lo sé ni sé que tengo.
Déjame en paz.
MIGUEL. A eso vengo.
EMILIA. (¡Ah! puede impedirlo todo
si le digo lo que pasa.)
(*Deteniéndose como dudando si debe decírselo*).
(¡Es su madre!)
(*Decidiéndose*). (¿Y qué? ¡Es mi amor!)
(*A Miguel*). Pues si quieres paz y honor,
tienes que hacer en tu casa.
MIGUEL. ¡Y de sonrojos no muero!
¡Y no te he quitado el ser!
¡Válgate que eres mujer
y aún ser la mujer que quiero!

EMILIA. (*Llevándole delante del balcon donde están Cármen y Juan*).
¡Se aman!
MIGUEL. Tu pasion delira.
Son celos.
EMILIA. Juntos se van.
MIGUEL. Mientes.
EMILIA. Me lo ha dicho Juan.
MIGUEL. Pues de Juan es la mentira.
JUAN. (*A Cármen*). Venceré allí sus rigores
cuando no encuentre el deseo
fronteras del Pirineo
ni fronteras de temores.
EMILIA. (*A Miguel*). ¡Quieres que más te convenza?
MIGUEL. ¡Oidos que ois, quedad secos,
si ha de entrar por vuestros huecos
en el alma la vergüenza!
JUAN. Promesa de amor, anhelo
esa flor. (*Señalando á la que tiene Cármen en la mano*).
MIGUEL. ¡Es que estoy loco!
CÁRMEN. (*Dejando caer la flor*).
Se cayó.
JUAN. (*Recogiéndola y ofreciéndola*).
Aquí está.
CÁRMEN. (*Negándose coquetonamente á recibirla*).
No toco
lo que ha tocado en el suelo.
EMILIA. ¡Basta!
MIGUEL. Si; puedes marchar
al abismo, al vicio.
BENIGNO. (*Desde dentro apresurando á su mujer*).
Es hora.
EMILIA. Dí que deliro.
(*Emilia se va por el foro.*)
MIGUEL. No; ahora
me toca á mí delirar!
Amor que tan mal pagó
sueños, dichas, todo ceda.
Padre, tu honor aquí queda,
pues aquí debo estar yo!

ESCENA VII.

MIGUEL, CÁRMEN, JUAN, DONCELLAS (1)

que salen de la casa, con algun criado; éste lleva como las doncellas en la mano el cabás, manta de viaje, neceser y otros efectos propios

(1) Una de estas doncellas puede suprimirse diciendo la que queda las dos frases.

del caso. BENIGNO y CLEMENTE, que habrán estado en la habitacion que hay tras la terraza del *chalet* jugando al ajedrez interrumpen su juego para despedir á CÁRMEN.

DONCELLA. Léjos está el carruaje.
OTRA DONC. ¿Se acerca?
CARMEN. Sí, por acá.
(*A las doncellas*).
Id delante.
JUAN. ¿Dónde está? (*Por Emilia*).
BENIGNO. (*A Cármen*). Buen viaje.
CLEMENTE. (*Idem*). Buen viaje.
(*Sale Juan y los criados. Benigno y Clemente, que se habian asomado al balcon para despedir á Cármen, vuelven á continuar su juego cuando creen que ha partido. Cármen va á salir y Miguel la detiene, colocándose delante de la puerta del foro. Cármen hace un movimiento de sorpresa y turbacion*).
MIGUEL. Espérate.
CÁRMEN. ¿Yo?
MIGUEL. Lo exijo.
CÁRMEN. ¿Qué debo en tu actitud ver?
MIGUEL. A un hombre, si eres mujer;
pero si eres madre, á un hijo.
Quien ahora de aqui salió
va por tu camino.
CÁRMEN. ¿Y qué?
MIGUEL. Lo mancha.
CÁRMEN. Yo nada sé...
MIGUEL. Tú lo sabes como yo.
(*Signo negativo en Cármen*).
¿Niegas todo? Cuerpo das
á los recelos agenos;
así harás que sepan ménos
pero que sospechen más.
Parte contigo ese hombre.
CÁRMEN. ¿Un hijo tal osadía?
MIGUEL. ¿Hijo? Pues en mí confía
ó no me des ese nombre.
CÁRMEN. ¿Y el de esposa de tu padre?
MIGUEL. Por serlo, tengo derecho
de guardar el santo lecho
que honró con su amor mi madre.
CÁRMEN. Lo guarda bien la virtud.
MIGUEL. Pruebas...
CÁRMEN. ¿Crees?...
MIGUEL. No habré creido
cuando ya no he convertido
aquel lecho en ataud.

CÁRMEN. Me espantan tus desatinos.
MIGUEL. Amar la honra no da espantos.
CÁRMEN. Ese amor sólo hace santos.
MIGUEL. Y tambien hace asesinos.
Oye á este caso una historia;
no sé nombre ni lugar,
y siento el nombre olvidar:
el sitio no hacé á la gloria.
Era una madre, por nombre,
y mujer por sus engaños,
y era un niño por sus años,
por sus hechos más que un hombre.
El rapaz, amor lascivo
vió en su madre descubierto,
y pensó: «Mi padre es muerto
mas su nombre está en mí vivo;»
y á su madre dijo así.....
«¡Por Dios que guardes piadosa
el hoyo donde él reposa
y el lecho donde nací!»
Reprendióle ella la audacia,
y en vez de enmienda vió el niño
frialdad para su cariño
y en el torpe contumacia.
Que como aquella tambien
se alejan por ley fatal
todos los que quieren mal
de los que les quieren bien.
(*Cármen que efectivamente se habia ido alejando temerosa y avergonzada de Miguel, se acerca rápidamente á él y escucha con ansiedad*).
(*Pausa*).
Tras angustiosa velada,
hacha al brazo, fiebre al pulso,
entróse el niño convulso
en la alcoba profanada.
CÁRMEN. ¿Y la hirió? (*Con ansiedad y terror*).
MIGUEL. Lo intentó en vano,
la besó, cayó de hinojos,
lloró, y por secar sus ojos
rodó el hacha de su mano;
y al despertar ella vé,
cuando aún sueña en el que ama,
el hacha junto á la cama
y el hijo dormido al pié.
Nada sospechó la amante.
¡Cómo sospechar, ni en sueño,
en un cuerpo tan pequeño
espíritu tan gigante!
¿Se enmendó en ella la injuria?

Ni en el rapaz la justicia:
creció en ella la malicia
dobló en el niño la furia,
y vió tanta liviandad,
que otra noche entróse quedo,
vencieron la fiebre al miedo,
la vergüenza á la piedad,
y el mundo atónito ve
junto al hacha ensangrentada
á la madre degollada
y al niño llorando al pié! (1)

CÁRMEN. ¡Qué crímen! (*Aterrada*).

MIGUEL. ¿Cuál de los dos?

CÁRMEN. El del hijo.

MIGUEL. ¡El de la madre!
El tomó el hacha del padre
y la inspiracion de Dios!

CÁRMEN. Pues bien, te juro por él
que en mí no existe hasta ahora
tacha vil ni accion traidora.

MIGUEL. ¡Y ni un sentimiento infiel?
(Pausa durante la cual Miguel interroga con la vista á Cármen que colla como no aventurándose á una afirmacion falsa).
Habla: que lo quiero oir,
que en liviandad de mujer
la mancha está en el hacer,
mas la culpa en el sentir.

CÁRMEN. Consintiendo tus agravios
delincuente me confieso.

MIGUEL. ¡Agraviar! no quiero eso
ni mi intencion ni mis lábios,
(*Arrodillándose*).
que besan en tu redor
pidiéndote caridad.
(*Cármen huye de Miguel; éste la sigue arrastrándose por el suelo asido á los vestidos de ella*).

CÁRMEN. Arrastras mi dignidad.

MIGUEL. Porque no arrastres mi honor.

CÁRMEN. Ya abusas de mi cariño.
No me sigas.

MIGUEL. Donde fueres.

CÁRMEN. ¡Eres un hombre!

---

(1) Este que algunas personas han calificado de cuento inverosimil, no es inverosimil ni cuento: es puramente un hecho acaecido en Rusia hace cosa de dos ó tres años.

La historia corrió por todos los periódicos de Europa y está tomada de los españoles que la trascribieron con aplauso como relacion de un arrebato de dignidad filial, raro por heróico.

MIGUEL. (*Levantándose con brio y en actitud amenazadora.*) ¿Es que quieres
que me acuerde de aquel niño?
(*La coje violentamente del brazo y la detiene.*)

CÁRMEN. Me haces daño, y soy, Miguel,
tu madre.

MIGUEL. (*Que insiste en su violenta actitud.*)
Por ser mi madre.

BENIGNO. (*Dentro llamando desde la habitacion donde se le vé jugar al ajedrez con Clemente.*)
Cármen...

CÁRMEN. Me llama tu padre.

MIGUEL. Pues habla ó lo llamo á él.

BENIGNO. Vete.

MIGUEL. Quieta; necesito (*Sujetando á Cármen que intenta irse*)
que hables antes.

BENIGNO. Se va el tren.

CÁRMEN. El lo manda.

MIGUEL. ¡Y yo!

CÁRMEN. Pues bien,
llegué al error no al delito.
Ven conmigo, te lo exijo;
fuerzas da á mi corazon.

MIGUEL. ¡Ah! si te ofendí, perdon:
madre, vuelvo á ser tu hijo!

ESCENA VIII.

CÁRMEN.—MIGUEL, BENIGNO y CLEMENTE,

que salen de la casa; aquel se dirije á su mujer dándole priesa. Este trae el trablero del ajedrez y lo pone sobre una mesa del jardin.

BENIGNO. Anda... (*A Cármen*).

CÁRMEN. La estacion está
cerca.

BENIGNO. Adios.

MIGUEL. (*Aparte á Cármen*). Baja los ojos;
no descubran tus sonrojos
lo que mi amor callará.
(*Se va Cármen por el foro*).

MIGUEL. Parto con ella.

BENIGNO. Me alarma.
¿A dónde vás tan ligero? (*Al ver que Miguel se dirige á la casa*).

MIGUEL. Por mi abrigo, por dinero,
sobre todo por un arma
con que herir al vil raptor,
que con pérfida destreza

quiere poner su impureza
donde yo puse mi amor.
¡Id, corred, que van á huir!

BENIGNO. Di....

MIGUEL. Cuando me vengue.

CLEMENTE. Ahora...

BENIGNO. ¿Quién es?

MIGUEL. No sé; sé que es hora
de matar ó de morir.
(*Entra Miguel y sale enseguida con sombrero. Benigno y Clemente se han ido á sentar como para seguir jugando al ajedrez.*)
¿Jugais tranquilos aquí
mientras tu esposa, tu amor, (*á Benigno y Clemente respectivamente*).
vuestra dicha y vuestro honor
estan jugándose allí? (*Al oir á Miguel Clemente y Benigno se levantan como asombrados*).

CLEMENTE. ¿Quién te lo ha dicho?

BENIGNO. ¡Ahora mismo
tras ellas!

CLEMENTE. A la estacion. (*Se oye el silbido del tren*).

MIGUEL. ¡Ya es tarde!

CLEMENTE. ¡Partió!

MIGUEL. Ese son
¡silba al indiferentismo!

TELON.

ACTO TERCERO

La decoracion representa el *boudoir* de Cármen alhajado con todos los refinamientos del gusto y de la moda. El mueblaje y tapiceria serán de coloros claros, ofreciendo un conjunto alegre y voluptuoso. En el fondo y separado del *boudoir* por ancho cortinaje corrido está el dormitorio de Cármen. Cama, lavabo, armario de luna, sofá, etc. corresponden con el lujo del gabinete. A uno y otro lado del dormitorio de Cármen, en el mismo foro, puertas que dejan ver dos habitaciones amuebladas; la de la izquierda es el despacho de Benigno, La de la derecha un gabinete en cuyo fondo habrá una panoplia con armas antiguas. Es de dia. Lugar del tercer acto, Madrid, casa de Benigno.

ESCENA PRIMERA.

BENIGNO y CLEMENTE.

CLEMENTE. (*Entrando por la habitacion de la derecha*).
¿Se abre la puerta á un amigo?
BENIGNO. (*Con cariñosa reconvencion*).
Si el amigo lo merece.
Pero se fué tu amistad
con la vecindad, y desde
que te mudastes de casa...
pasan semanas sin verte.
CLEMENTE. Vivo léjos...
BENIGNO. Por tu yerno
Juan, estamos al corriente
de tu salud.
CLEMENTE. ¿Viene mucho?
BENIGNO. A diario, como siempre:
es el único constante
de tu familia.
CLEMENTE. (*Aparte*) (No mienten
nuestros informes).
BENIGNO. Ahora.

le dejo en el gabinete
de Cármen. ¿Cómo está Emilia?

CLEMENTE. Buena.

BENIGNO. ¡Otra ingrata! No viene
tampoco desde su boda
por mi casa.

CLEMENTE. Los quehaceres
conyugales.

BENIGNO. ¡Tal desvío
con quien la estima!

CLEMENTE. Ni á este
ni á ningun lugar concurre.

BENIGNO. ¿Y por qué?
(Benigno espera la contestacion de Clemente, éste se limita á hacer un movimiento de hombros como indicando que ignora la causa. Benigno al verlo le dice con cierto misterio).
He pensado á veces
que Juan le impide venir.
La dicha es celosa y teme...

CLEMENTE. ¡Ojalá él tuviera celos!...
ni los finge ni los siente,
porque no la ama.

BENIGNO. Qué ¿Emilia
no es feliz?

CLEMENTE. No lo parece.

BENIGNO. ¿No casó á su gusto?

CLEMENTE. Al ménos
contra el mio, y cabalmente
por eso espía su falta
y mil martirios padece,
mientras su marido goza
ó enamorando mujeres
ó gastando mi dinero
en caballos y en banquetes.

BENIGNO. Y tú que á Juan conocías,
lo consentiste.

CLEMENTE. ¿Y qué quieres?
Cuando se ajusta una boda
para acallar á las gentes
no se regatea el precio,
es preciso someterse.
Emilia era niña y loca,
me la robó el hombre ese,
se hizo público el escándalo,
Juan me trajo una patente
de honor á cambio de un dote
y lo gasta; ese es el trueque.
Mi hija vive sometida
á ese lazo que parece,

más bien que reparacion,
castigo á su falta aleve.

BENIGNO. En tí está el poner remedio.

CLEMENTE. Para eso vengo, si quieres
ayudar.

BENIGNO. No hay que decirte
que en todo conmigo cuentes.

CLEMENTE. (*Vacilando al hablar como aquel á quien le cuesta trabajo hacer una declaracion bochornosa*).
Mucho he vacilado antes...

BENIGNO. (*Animándole*). Sé franco, mi buen Clemente.

CLEMENTE. Nuestra amistad de treinta años
me autoriza, y si te ofende
lo que te diga, te ruego
que mi intencion lo remedie.
Bien recuerdas lo ocurrido
en Biarritz hace dos meses
entre Juan y tu mujer.

BENIGNO. Fué error de Miguel.

CLEMENTE. Atiende,
Juan iba por una dama,

BENIGNO. Pero, afortunadamente,
la robada fué tu hija.

CLEMENTE. Fortuna... para tí. Tienes
razon: nuestra antigua máxima
de que el dolido se queje.
Y hora es ya de que infortunios
y experiencias nos enmienden.

BENIGNO. ¿Qué quieres decir?

CLEMENTE. Que has sido,
como yo, harto complaciente
con todos los hombres malos
y con *todas* las mujeres...
(*Marcando mucho y dando intencion á la palabra todas*).
La tuya...

BENIGNO. Es buena.

CLEMENTE. No quiero
ofenderla ni ofenderte.
Pero hay muchas que por frívolas,
sin intencion, por deleite,
tratan tan bien á los hombres
y los miman de tal suerte,
que no es su amante ninguno
pero todos lo parecen.
De ellas se apodera el vulgo,
la malicia sobreviene...

BENIGNO. Me agravias...

CLEMENTE. Si son manías
te pido que las respetes.

Cármen es jóven, hermosa
y ligera: le concedes
libertad.

BENIGNO. Ella no abusa

CLEMENTE. Mi hija es celosa y no puede
olvidar lo de Biarritz;
Juan entra aquí...

BENIGNO. Por deberes
de cortesía le acojo;
bien sé que no lo merece.

CLEMENTE. Siempre encontraron los malos
cómplices en los corteses.
(*Toca un timbre y aparece un criado á quien Clemente dice*):
Llama al señorito Juan.
(*El criado se va*).

BENIGNO. ¿Qué haces?

CLEMENTE. Llevármelo: déjame,
y no le recibas nunca;
eres padre y bien comprendes
mi situacion.

BENIGNO. Pero en esto
mi decoro comprometes.

CLEMENTE. He visto entre Juan y Emilia
tal tirantez; ella tiene
tales sospechas; hoy mismo
la he encontrado tan demente,
que me he decidido á todo
porque todo ha de temerse
de ella. ¡Son tan insensatos
los espíritus vehementes!

BENIGNO. Y haces muy bien: mas no quieras
que en tus asuntos me mezcle,
ni que sospechas injustas
contra mi mujer tolere.

CLEMENTE. Le vas á echar de tu casa.

BENIGNO. Sin motivo eso es muy fuerte.

CLEMENTE. Voy á dártelo; aquí está.

ESCENA IV.

BENIGNO, CLEMENTE, JUAN, despues EMILIA.

JUAN. Papá suegro.

CLEMENTE. (*Aparte*). (Qué imprudente).

JUAN. ¿Yo?
(*El criado desde la puerta anunciando.*)

CRIADO. La señorita Emilia.

CLEMENTE. Lo estaba temiendo. (*A Benigno*). Véte
y detenla. (*A Juan*). No te vea.

BENIGNO. (*Que se habrá adelantado hácia la puerta del foro y se vuelve*).
Es imposible, aquí viene.
CLEMENTE. (*Llevándose á Juan por la puerta izquierda*).
Vente.
EMILIA. (*Que al entrar ve á Juan desaparecer por la puerta*).
(*Aparte*). Bien me lo decias,
corazon, ¡cuánto me quieres!

ESCENA III.

EMILIA. — BENIGNO.

BENIGNO. Cuando á venir te decides
hay algo grave.
EMILIA. Y urgente.
BENIGNO. Ya no vienes á esta casa
sino en casos muy solemnes.
¿Qué hay?
EMILIA. Desgracias nuevas.
BENIGNO. Riñas
conyugales, lo de siempre.
EMILIA. He dicho desgracias nuevas
y esas son las permanentes.
Ya no hablo de ellas; el caso
es más sério para ustedes.
BENIGNO. ¿Cuestion?...
EMILIA. De negocios.
BENIGNO. (*Manifestando un interés que antes no sentia*).
Habla.
EMILIA. Que vuestra empresa perece.
BENIGNO. Nunca. Hoy se vota el proyecto.
EMILIA. Pues por eso, y hoy se pierde.
BENIGNO. Hay mayoría probable.
EMILIA. El gobierno así lo teme:
y aunque no sé de estas cosas,
y ahora ménos, me parece
haber oido á Víctor algo
de cuestion de gabinete,
de que el gobierno procura
ganar votos y promete
á los ambiciosos, trata
con amenaza á los débiles;
halaga á los vanidosos
y soborna á los más fuertes.
BENIGNO. Es natural; ya contábamos
con eso.
EMILIA. Quizá no cuenten
que está entre los sobornados

algun amigo; el pariente
de mi marido.

BENIGNO. ¡Imposible!
¿Nuestro diputado?...

EMILIA. Ese.

BENIGNO. ¿Quién te contó tal patraña?

EMILIA. La ciencia de las mujeres,
la curiosidad maldita
ó bendita algunas veces.
Hoy Víctor fué á mi casa
y habló acaloradamente
con Juan, y escuché escondida
que una embajada le ofrece
el gobierno, y no será
por votar lo que él no quiere.

BENIGNO. ¡Vendido!

EMILIA. Sí, todo, todo,
¡hasta el mismo amor se vende!

BENIGNO. (*Toca un timbre y aparece un criado á quien dice*):
Llama á la señora.
(*A Emilia*). Cármen
te acompañe, el tiempo es breve.
Al Congreso, veré á Víctor,
recordaré sus deberes,
y acaso en presencia mia
de su falta se avergüence. (*Se va por la derecha*).

EMILIA. Va á sus negocios, me deja,
y me deja frente á frente
de esa mujer. No, no debo
verla. (*Va á salir por el foro derecha á tiempo que por la izquierda aparece Cármen. Emilia al verla dice*):
Mas quien huye teme.
¿He de tener yo decoro
por las dos? Si soy inocente
y ella culpable, le toca
todo el sonrojo de verme.

ESCENA IV.

EMILIA. — CÁRMEN.

CÁRMEN. (*Afectando visiblemente alegría y cordialidad se adelanta hácia Emilia y la tiende la mano. Emilia la recibe con frialdad marcada*).
Emilia, ¿tú por acá?
Gracias por este placer.
(*La invita á sentarse y se sientan*).

EMILIA. No me lo has de agradecer.

(*Con sequedad*).
Vine á asuntos de papá.

CÁRMEN. Y debo á la causa esta
tu visita, ¡oh! ingratitud!

EMILIA. La franqueza es gran virtud.

CÁRMEN. Pero una virtud molesta.

EMILIA. Nunca el arte encantadora
de fingir prosperó en mi.

CÁRMEN. Pues, hija, aprende.

EMILIA. ¿De tí?
Veo que eres profesora.

CÁRMEN. ¡Qué ceño! Aquella niñita
no eres ya llena de gracia
y jovial.

EMILIA. Ya, por desgracia,
ni jovial... ni señorita.

CÁRMEN. ¿No eres feliz en tu hogar?

EMILIA. Sabes que no.

CÁRMEN. ¿Yo? ¡Es bien triste!
Mas libremente elegiste,
y á nadie puedes culpar.

EMILIA. A esas almas desdichadas
que inmolan todo en redor,
si no al vicio de su amor,
al vicio de ser amadas;
y son cómplices quizás
de caidas...
(*Movimiento de dignidad en Cármen. Al verlo dice Emilia*).
—No me arguyas—
para consolar las suyas
cuando cuentan las demás.

CÁRMEN. Las pintas no sin gracejo,
¿más dónde están? que las vea.

EMILIA. Pues, mira, no eres tan fea
para temer al espejo.

CÁRMEN. (*Despues de contener un movimiento de enojo y afectando jovialidad*).
Si empiezas con tanto brío
pronto vamos á acabar.

EMILIA. No rias, que has de llorar.

CÁRMEN Pues por no llorar me rio.
(*Se rie forzadamente*).
(*Breve pausa*).
¿Conque á tu Juan has amado
porque otra le amó? A seguir
tal paso, vas á decir
que soy yo quien te ha casado.

EMILIA. ¡Quizá!...

CÁRMEN. Tu injusta dureza

me obliga, en propia disculpa,
á recordarte una culpa;
te casó tu ligereza.

EMILIA. Mi sacrificio fué impío;
por él más derecho tengo
á la dicha, y por él vengo
á llevarme lo que es mio.

CÁRMEN. ¿Quién te lo disputa? Ah, sí;
(*Con burla*) ¿crees que amo á Juan? ¡Ni soñarlo!

EMILIA. ¡Parecerlo y no gozarlo!
Tanto peor para tí;
porque, al quebrar tu deber,
queda solo el deshonor:
¡ni lo disculpa el amor,
ni lo compensa el placer!

CÁRMEN. A lo menos me importuna,
y de ello que me ama infieres.

EMILIA. No: querer á dos mujeres
es... no querer á ninguna.
(*Muestra de contrariedad en Cármen. Emilia, al advertirla, dice*).
¿Te pesa?

CÁRMEN. (*Aparte.*) (Mal me contengo)

EMILIA. ¿Con que es verdad tu pecado?
¡Saltaste al fin! He tocado
en tu amor.

CÁRMEN. ¡Si no lo tengo!

EMILIA. Pero tienes vanidad.
Esa vanidad que goza
cuando, por brillar, destroza
la ajena felicidad.
No el amoroso arrebato
la lleva el delito artero;
como derrocha el dinero
tira su honor, por boato;
porque ama el vivir sonoro
y el mundanal estruendo,
hasta cuando va rugiendo
contra su propio decoro!
Vicio que es de más perjuicio
que el de ese pagado enjambre;
que uno es el vicio del hambre,
y otro es el hambre del vicio!

CÁRMEN. Te descomponen los celos.
(*Cármen dice esta frase aparentando gran calma y cortesía, pero con gran enojo en el fondo y mordiendo á la vez su pañuelo hasta romperlo*).

EMILIA. (*Con gran ironía*). En mí de esas no hallarás
bocas frias, que á lo más
descomponen los pañuelos!

CÁRMEN. Triunfo fácil, hija mia.
EMILIA. Es falsa tu posicion.
CÁRMEN. Que aunque él—es suposicion—
(*Dando intencion á esta palabra*).
me amara, yo no podria
decirlo por humillarte,
pues fuera yo la humillada.
(*Concentrado, bajo y con enojo creciente*).
¡Aunque me siento tentada
al oirte y al mirarte
de decírtelo, aquí, en calma
y tan bajo y tan sin ruido
que sin tocarte al oido
te llegue al fondo del alma!
EMILIA. Lo diré con igual calma
á tu esposo, tan sin ruido
que sin tocar en su oido
le llegue al fondo del alma.
¡Quiérele cual yo le quiero,
llámale como le llamo,
dí á mi esposo que le amo
y díselo al mundo entero!
CARMEN. (*Afectando gran cariño y cortesía irónica*).
Dices muy bien.
EMILIA. En mis males,
han de hallar algun desquite
los celos que Dios permite
de los celos criminales.
CÁRMEN. Emilia, estoy soportando
lo que no escuché jamás.
EMILIA. Pues aún queda más.
CÁRMEN. (*Llora con disimulo*). ¿Qué más?
EMILIA. ¡Ah! ¿lo ves? ¡Ya estás llorando!
CÁRMEN. ¡Ah!
EMILIA. Queda á mi indignacion
decirte que ántes, traidora,
me dabas celos, ahora...
ahora me das compasion.
CÁRMEN. Calla.
EMILIA. Callen los sonrojos;
mi culpa solo da llanto,
y el llanto, aunque pesa tanto,
aún permite alzar los ojos.
CÁRMEN. Te dejo en la casa mia
por no echarte de ella; ves
que soy cortés.
EMILIA. Muy cortés;
yo en mi casa, te echaria.

ESCENA V.

EMILIA, CÁRMEN, JUAN, por la izquierda.

CÁRMEN. Calla. (*A Emilia al ver á Juan*).
JUAN. (*A Emilia secamente*). ¿Aún estás aquí?
CÁRMEN. (*Como tratando de justificarla*).
Vino á un negocio, ¿no es esto?
EMILIA. (*Con decision*). Un negocio fué el pretesto;
la razon, buscarte á tí. (*Por Juan*).
CÁRMEN. (*Ofendida y con ironía*).
Se busca a quien va perdido;
mi casa no es peligrosa.
EMILIA. ¿Y qué mal hace una esposa
en buscar á su marido?
JUAN. Tu decoro...
CÁRMEN. Es que se ofusca.
EMILIA. Si alguna ignominia cae
será sobre quien lo trae,
jamás sobre quien lo busca.
CÁRMEN. (*Disimula el enojo que realmente siente, riendo forzadamente*).
Si era una broma; á reir
como yo. ¡Bah! (*A Emilia*) no te enfades;
son originalidades.
JUAN. Que no quiero consentir.
CÁRMEN. (*Aparte*). (Si la venganza es placer
cuánto me envidiará). (*Por Emilia*).
EMILIA. (*Aparte á Juan*). ¡Oh!
¡Mátame á solas, mas no
me humilles á esa mujer!
(*A Cármen*). ¡Ah!... sal, no me des el gusto
de injuriarte en su presencia.
JUAN. Odiala, pero prudencia. (*Aparte á Emilia*).
EMILIA. ¡Pero odiándola! es muy justo.
Adios. (*Se vuelve á Cármen y la dá con fingido afecto la mano*).
CÁRMEN. ¡Adios!
EMILIA. (*Abrazándola*). En mi pecho
y en mis brazos que te doy,
verás que tu amiga soy.
(*Bajo á Cármen*).
(¡Y lo infeliz que me has hecho!)
(*Alto*). Un beso; (*Se lo da*) te toqué apenas.
CÁRMEN. Otro.
EMILIA. Toma uno que suene.
(*Le dá otro beso en la mejilla y al besarla la muerde*).
CÁRMEN. ¡Ay! (*Quejándose*).

EMILIA. ¡Así!
CÁRMEN. Sangre.
JUAN. ¡Eh!
CÁRMEN. (*Disimulando y riendo*). Que tiene
sangre española en las venas.
JUAN. (*Con ira*). Emilia, pide perdon.
EMILIA. ¿Quién á quién?...
JUAN. Tú, á ella.
CARMEN. (*Aparte*). La humilla.
¡Me ha mordido en la mejilla;
la mordí en el corazon! (*Se vá*).

ESCENA VI.

EMILIA, JUAN.

JUAN. En ridículo me pones;
entiendes poco de trato.
EMILIA. ¡Quien repruebe mi arrebato
poco entiende de pasiones!
¿Quieres que se fuera en calma?
JUAN. El ódio se disimula.
EMILIA. Hay quien con la boca adula
mientras muerde con el alma.
Yo soy de la raza loca
que sabe odiar, fingir no;
¡la mordí: es que se subió
el corazon á la boca!
JUAN. Es imprudente tu fé.
EMILIA. Otro con eso me arguya;
¡por ella llegué á ser tuya,
y con ella te adoré!
JUAN. Si me amas, no es bien que vibres
contra mí esa flecha acerba.
EMILIA. Te amaré; seré tu sierva.
¡Mas las lágrimas son libres!
JUAN. Se hace nuestra situacion
imposible.
EMILIA. Para mí;
pero, ¿qué te falta á tí?
Lo que me sobra; pasion.
¿Lo ves?: Tu mirada esquiva
bien el hastio revela:
ni por pudor me consuela
una farsa compasiva.
¡Ni merezco el fingimiento!
JUAN. Y tu actitud singular
mas parece provocar
que temer un rompimiento.
EMILIA. O estás loco, ó loca estoy.

¿Un rompimiento?

JUAN. Venido
por necesidad.

EMILIA. ¿Pues pido
algo más de lo que doy?
¡Rompimiento! Eso quisiera;
él libre, yo en el olvido,
oyendo léjos el ruido
de tu vida aventurera;
cierto que de mi albedrío
cerca ó léjos te ha de amar,
y cierto de que he de honrar
tu nombre, ¡ó mejor el mio!
Pacto hábil en realidad;
que en él tienen á la vez
esclavitud la honradez
y los vicios libertad.
No sueñes huir de mis brazos:
¡vives tan dentro de mí
que para echarte de aquí (*Del corazon*).
habrán de hacerme pedazos!

JUAN. ¡Vete!

EMILIA. Temo á tu desden,
mas tu saña no me irrita.

JUAN. ¡Emilia! (*Con furor*).

EMILIA. Ríñeme, grita;
todo en tí me suena bien.
La mujer nace sufrida,
y para el dolor es fuerte.
¡Sí hasta lidia con la muerte
cuando dá á los hombres vida!
Consiento mi sacrificio:
no consiento, ni es razon,
que des á mi corazon
lo que te sobra del vicio,

JUAN. Cállate, ó nada te asombre...

EMILIA. ¿Me amenazas?

JUAN. Puede ser;
la lengua de la mujer
mueve la mano del hombre.

EMILIA. ¡Y llegará tu osadía
á inferirme tal injuria!

JUAN. ¡Hasta eso llega la furia!

ESCENA VII

Dichos, MIGUEL,

que habrá oido algo desde la habitacion de la derecha, donde ha estado, sale precipitadamente y se coloca entre ambos.

MIGUEL. ¡Hasta eso la villanía!

JUAN. ¿Sabe qué pasó?
MIGUEL. Ni quiero.
Oí la amenaza, el gemido;
ví una mujer, un marido:
¡eso basta á un caballero!
JUAN. Tengo autoridad sobrada
para enmendarla, á mi ver.
MIGUEL. Quien castiga á una mujer,
no la enmienda, la degrada.
¡Condicion de estos villanos
que, cazadores de antojos,
se nutren con los despojos
de honras muertas á sus manos!
JUAN. Tanto calor en lo ajeno
á sospechoso me suena.
MIGUEL. La infelicidad agena
siempre es propia para el bueno.
EMILIA. La amistad tiene deberes:..
MIGUEL. Y con vehemencia los sigo.
JUAN. La vehemencia de un amigo
es deshonra en las mujeres.
EMILIA. ¿Qué quieres decir?
JUAN. Que es
proceder tan generoso,
mejor de amante envidioso
que de amistoso interés.
EMILIA. ¿Qué hice yo que de ese modo
manchas á una esposa honrada?
MIGUEL. Ni tú ni yo hicimos nada;
pero él quiere hacerlo todo.
Más que amigo, hermano fuí.
¿Lo llamas? Hé aquí el amante,
para ella fiel, delirante,
rencoroso para tí.
¿No crees en la amistad?
¿Será amor? Pues amor tengo.
¿Serán celos? Los mantengo.
¿Será envid a? A voluntad.
Mas no consiento en mi vida
ofensa que la sonroje:
¡y quien quiera que se enoje,
y quien pueda que lo impida!
JUAN. Me agrada por claro, á fé;
ya no todo es quijotismo,
ya ha saltado el egoismo
de su amor.
MIGUEL. ¡Pues ya se vé!
Pero algo al ménos me inflama;
¡tengo al ménos corazon
capaz de amar con pasion

y defender lo que ama!

JUAN. ¡Defenderla! (*En actitud hostil*).

EMILIA. (*Aplacándolos*). Esto concluya.

JUAN. ¿Contra mí?

MIGUEL. No lo rehuyo.
¡Con mi ódio que es todo suyo,
con mi sangre toda tuya!

EMILIA. Miguel, defensa no imploro,
y si él me la niega uraño,
no la pido á amor extraño;
me la dará mi decoro.
Tu pasion...

MIGUEL. No es maldecida.

EMILIA. Me abochorna, yo casada.

MIGUEL. Abochorna si es pagada,
enaltece resistida.
¿No es airoso mi papel?
¿Se indigna el mundo? Lo admito;
tendré un delito; ¡el delito
de quererte mejor que él!

EMILIA. Puede ofenderme. (*Por Juan*).

MIGUEL. Quizás;
pero nunca en mi presencia.
Harto te ofende en mi ausencia,
y si te acaricia más.
Cuando halle en tus embelesos
las codiciadas delicias
robándote tus caricias,
¡no! ¡robándome tus besos!
Rebajando á ruin placer
lo que yo hice bien de mi alma.

EMILIA. ¡Miguel! (*Con pudor y señalando á Juan*).

MIGUEL. Que escuche con calma:
¡así aprenderá á querer!

EMILIA. Su derecho es.

MIGUEL. ¡Lo forjó
la vileza!

JUAN. Mi derecho
un sacerdote lo ha hecho.

MIGUEL. ¡Pues el mio lo hago yo!
(*Pausa*).

JUAN. La fé es ciega y tan ingrata
que, al tratar lo que no entiende,
hiere á quien su honra defiende,
y á quien la amparó maltrata.

MIGUEL. ¡A esos defensores díles
que ántes quiero ver mi nombre
destrozado por un hombre
que lamido por reptiles!

JUAN. (*Bajo en tono provocativo*).

Bien le azotara el reptil
la cara, si no temiera
que el hombre no respondiera
por... orgullo. (*Con ironía*).

MIGUEL. Eres muy vil;
pero de ello no se ampara,
el que por su honor procura,
que siempre está á nuestra altura
el que llega á nuestra cara.
Sal y agradécele á Dios
y á que te hallas en mi casa
tu salvacion.

JUAN. *(Con frialdad á Emilia que trata de aplacarlos)*
Esto pasa...
(*Aparte al irse*). Me vengaré de los dos.
(*Se vá por la izquierda*).

ESCENA VIII.

EMILIA.—MIGUEL.

EMILIA. Duro estás.
MIGUEL. ¿Le he de sufrir?
EMILIA. Es mi marido y le quiero.
MIGUEL. Pues por serlo sale entero,
¿qué más tienes que pedir?
EMILIA. Llama á mi padre; me voy
para no volver jamás.
(*Miguel se dirige hácia la habitacion de la izquierda en cuyo fondo y en este momento aparecen Clemente y Juan. Miguel al verlos se detiene y oye lo que sigue*).
CLEMENTE. Por última vez; te vas
ó no cuentes desde hoy
conmigo; hora es de que exija
lo que de grado no quieres;
de aquí te echan tus deberes,
el reposo de mi hija,
la amistad que hemos tenido
con él. *(Por Benigno.)*
JUAN. Por eso mi ausencia
parece más que inocencia
disimulo convenido.
MIGUEL. (*Aparte*). ¡Y á mi decoro esto pasa!
¡Y en disputa víl lo traen!
Lo oigo; ¡y sobre ellos no caen
las paredes de esta casa!

ESCENA IX.

MIGUEL.—EMILIA, en la habitacion derecha donde quedó—CLEMENTE, JUAN y CÁRMEN en la habitacion del foro izquierda.

CÁRMEN. (*A Clemente*). Benigno al salir me ha dicho
que vaya al Congreso.
CLEMENTE. ¿Es cosa
muy urgente?
CÁRMEN. Vá dudosa
la votacion.
JUAN. Si el capri ho
de mi tio acepta ahora
esa ofrecida embajada...
CLEMENTE. Su palabra está empeñada.
JUAN. Mas la oferta es tentadora.
CLEMENTE. (*A Juan tratando de llevárselo*).
Ven conmigo.
JUAN. (*Negándose*). Ya iré en pos.
CLEMENTE. (*Aparte*). Entre su honra y mi dinero
lo primero... es lo primero ..
¡El diablo os lleve á los dos!
(*Se va Clemente*).
CÁRMEN. (*A Juan indicándole la salida de la segunda habitacion y como invitándole á que se vaya*).
Por allí
JUAN. Aunque yo quisiera
no puedo.
MIGUEL. (*Por Emilia*). Si vé que tardo...
(*Sale á la habitacion de la derecha donde está Emilia*).
EMILIA. (*Al verlo*). ¿Viene?
MIGUEL. (*Vacilando y sin saber qué decir*).
No... Sí... Vete.
EMILIA. Aguardo.
MIGUEL. ¡Pero, afuera; pero, afuera!
(*Echándola. Emilia se vá y él vuelve á la escena*).
¡Nieve del indiferente
ya lo has conseguido todo;
ya has hecho el charco de lodo
abrigo de la serpiente!
(*Se dirige á la panoplia que adorna la habitacion derecha y arranca de ella un puñal*).
Venga este hierro. Ya es mio.
¿Qué hace en vuestro arnés parado,
como vosotros callado
y como vosotros frio?
(*Mientras Miguel ha dicho estas frases, Juan y Cármen mantienen una dulce lucha amorosa que*

termina estampando Juan en la mano de Cármen que tiene cogida un beso que se oirá claramente. Miguel al oirlo dice):

MIGUEL. ¿Quién besa?
(*Se vuelve y mira ansiosamente á Cármen y Juan; despues rie de una manera siniestra y se revuelve otra vez como creyendo que la risa ha salido de otra parte*).
¿Y quién risas lanza?
(*Tranquilizándose al conocer que es él mismo quien rie.*)
¡Yo! ¡Al beso adúltero tierno
se regocija el infierno
y se alegra la venganza!
(*Cármen acosada por Juan da algunos pasos entrando en la escena. Juan la persigue. Miguel al verlos avanzar se esconde en la alcoba que hay en el fondo. Juan y Cármen continúan avanzando gradualmente y conforme vayan hablando hácia el proscenio*).

CARMEN. Despues del lance ocurrido...
JUAN. Por eso debo venir.
CÁRMEN. Antes debiera salir.
JUAN. Pues por eso no he salido.
CÁRMEN. Aún mis mejillas que ardieron
conservan rojo el color.
JUAN. Pondré en ellas más amor
que injurias las encendieron.
CÁRMEN. ¡Juan, no más!
JUAN. Sí, más; que ahora
mi desagravio reclama
quien sufrió porque me ama;
confiésalo á quien te adora.
CÁRMEN. Te prohibo en esta ocasion
acercarte.
JUAN. Es la primera
que hablando de igual manera
escucho igual prohibicion.
CÁRMNE. Sí, el pecado he consentido.
JUAN. Entonces...
CÁRMEN. ¡Bien me arrepiento!
JUAN. Cabrá el arrepentimiento,
pero no cabe el olvido.
Y amor en tus lábios veo
y en tus ojos que se encienden:
todos tus sentidos venden
los secretos del deseo.
CÁRMEN. Lisonja, orgullo, placer
toman en mi semejanza
de amor, ¡si hasta la venganza

se enamora en la mujer!
De incentivos rodeadas
ó de frialdad y tibieza,
caen la mitad por flaqueza
y la mitad empujadas.

JUAN. Es amor.

CÁRMEN. Fué tolerancia.

JUAN. Que acabó por ser pasion.
No te pido la razon,
sólo te pido constancia.
¿Cuándo hubo dique ó compás
á mi camino triunfante?

CÁRMEN. No quiero ir más adelante.

JUAN. Ni puedes volver atrás.

ESCENA X.

JUAN y CÁRMEN continúan en el sitio y situacion en que están. BENIGNO y CLEMENTE entrando en la habitacion izquierda.

BENIGNO. Ya no vayas.

CLEMENTE. ¿Por qué no?

BENIGNO. El proyecto ha perecido
por un voto.

CLEMENTE. ¿Cuál ha sido?

BENIGNO. El de Víctor ¡Me arruinó!
(*Cármen entretanto siguiendo su diálogo, se habrá alejado de Juan; éste se acerca*).

CÁRMEN. No; más léjos, más prudencia...

JUAN. ¡No; más pasion y más vida!
¡Vencida estás!

CÁRMEN. ¡Sí; vencida,
por eso pido clemencia!
Porque siento en derredor
el abismo.

JUAN. Abismo blando,
si abajo están esperando
brazos trémulos de amor.
(*Rumor leve de conversacion y toses que señalan la presencia de Clemente y Benigno en la habitacion izquierda*).

CÁRMEN. Silencio, no están distantes.

JUAN. No hay quien mi presencia sepa.
(*Cármen vuelve á apartarse de Juan, y éste, siguiéndola siempre, vuelve á sentarse junto á ella*).

CÁRMEN. Más distancia.

JUAN. (*Intentando abrazarla*). La que quepa
entre dos pechos amantes.

CÁRMEN. (*Con desfallecimiento amoroso*).
Deja, déjame... en voz alta

hablan detrás de esa puerta.
¡Me pierdes!
(*Juan se dirige hácia la puerta de la izquierda y la cierra corriendo el pestillo, diciendo*):

JUAN. Ya no está abierta.

ESCENA XI.

CÁRMEN.—JUAN.—MIGUEL

que sale de la alcoba donde estaba escondido

MIGUEL. (*Con la calma propia de las grandes resoluciones y cerrando á la vez la puerta de la derecha.*)
¡Yo cerraré la que falta!

JUAN. (*Intentando arrojarse sobre Miguel*).
¡Ah! ¡Miguel!

MIGUEL. Ni arrojos vanos...

CÁRMEN. (*Balbuciente y trémula intentando una disculpa*).
Yo...

MIGUEL. Ni gritos. (*Al ver que Cármen echa á andar como buscando una salida, deteniéndola y llevándola cerca de Juan*).
Ni pisadas.
(*Juan y Cármen intentan de nuevo hablar. Miguel pone cada una de sus manos respectivamente sobre las bocas de Juan y Cármen tapándolas con fuerza: las oprime y hace el movimiento que haria si efectivamente les arrancára las lenguas y juntara despues las manos. Todo esto mientras dice los versos siguientes*).
¡Silencio, ó junto arrancadas
ambas lenguas en mis manos!
Ibais allá... (*Señalando á la alcoba*).
¿No venís?
¿Qué os faltaba? Un paso, andad;
si sois culpables, matad.
(*Juan y Cármen huyen espantados de Miguel*).
Sí inocentes, ¿por qué huís?
¡Si casi sentí placer
sintiendo en tí el hormigueo
abrasador del deseo
qué está próximo á vencer!

CÁRMEN. (*Turbada*). ¡No sé como te convenza!...

MIGUEL. ¿De que no he visto?

CÁRMEN. Sí, antojos...

MIGUEL. Pregúntaselo á mis ojos;
¡Saltando están de vergüenza!

CÁRMEN. ¿Qué has visto? (*Con miedo*).

MIGUEL. Ignominias tales
que sólo siento el callar

porque no puedo soltar
sus repletos lacrimales. (*Por sus ojos*).

CÁRMEN. ¡No!

MIGUEL. ¡Niegas, y en mis oidos
aún zumba con torpe acento
el traidor «tú,» el tratamiento
de los pudores vencidos!

JUAN. ¡No es la culpa de los dos,
sólo mia; estuve loco!

MIGUEL. ¡Buen descargo! ¡De aquí á poco
se lo contarás á Dios!
(*Continúa el rumor leve de conversacion en la habitacion izquierda*).
(*A Cármen*). ¿Lo escuchas?

CÁRMEN. Casi nos ven.

JUAN. Mucha rabia y poco ruido.

CÁRMEN. No nos oiga mi marido.

MIGUEL. Si eso quiero yo tambien.
Avariento de callarlo,
todo quiero yo tenerlo,
¡la desdicha de saberlo
y el honor de remediarlo!

CÁRMEN. ¡Bajo!

MIGUEL. Tan bajo he de hablar.

JUAN. ¡Cerca!

MIGUEL. (*Cogiéndolos de las manos y acercándoselos mucho*).
Tan cerca he de oir,
¡que nos oigamos sentir
y nos oigamos pensar!
(*Hay que tener presente que en las habitaciones contiguas al* boudoir *se hallan la esposa, el padre y el marido respectivos de los personajes y éstos están interesados en el sigilo. Por lo tanto, toda la escena, hasta que se indique otra cosa, se dirá en voz muy baja y con precipitacion, viveza y sobresalto grandes. La fuerza de expresion debe encomendarse aquí más al gesto y al ademan que á la palabra y á la cantidad de voz.*)

CÁRMEN. ¡Pues entonces bien oirás
cuánta compasion merezco!

JUAN. ¡Y cuánto yo te aborrezco!

MIGUEL. ¡Eso y muchas cosas más!
Esa alegria bastarda
del ladron que ve su presa,
el terror de la sorpresa,
y el terror de lo que aguarda.

CÁRMEN. ¡La ansiedad de estos momentos
que son eternos!

JUAN. ¡A modo
de un infierno!

MIGUEL. Todo, todo,
menos los remordimientos
de pagar con vil traicion
tú, (*á Cármen*) el amor de un hombre honrado,
tú, (*á Juan*) á ese ser enamorado
que te dió su corazon,

JUAN. A morir en lucha igual
y acabemos de una vez.

MIGUEL. ¿Cuándo ha combatido el juez
que sorprende á un criminal?
¡Ladron!

JUAN. (*Con ira*). ¡Qué!

MIGUEL. Ladron te llamo
sin rodeo y sin aliño:
has robado mi cariño
y la dicha á la que amo.
Despues has hecho pedazos
la honra de quien me dió el ser;
¡mira tú con qué placer
voy á ahogarte entre mis brazos.
(*Miguel avanza amenazadoramente hácia Juan, éste hace ademan de defenderse de la acometida*).

JUAN. ¿Crees que tus iras no afronto?

CÁRMEN. ¡Ten lástima! (*A Miguel*)

MIGUEL. ¿De él?

CÁRMEN. De mí.
(*Cármen se coloca delante de Juan como amparándole con su cuerpo*).

MIGUEL. ¿Le defiendes?
(*Cármen se separa de Juan y ampara á Miguel del mismo modo*).

CÁRMEN. ¡No, á tí, á tí!

MIGUEL. (*Apartándola con violencia*).
¡Suelta!

CÁRMEN. (*Dirigiéndose á la puerta izquierda como para abrirla*).
¡Los llamo!

MIGUEL. (*Deteniéndola.*) Es muy pronto.

CÁRMEN. ¡Que me mate! ¡Si eso anhelo!

MIGUEL. ¿Qué responderás cuando entre
y un homicida aquí encuentre
y un cadáver en el suelo?
Porque uno muere: esto es fijo;
si es él, ¿de qué mal murió?
¡de tu impureza! Y si yó,
¿qué cuenta le das de su hijo?
(*Cármen anonadada por esta reflexion desiste de llamar y se dirige á Juan diciéndole*).

CÁRMEN. ¡Huye tú!

MIGUEL. Y eternamente.

(*Al verlos juntos dice*):
Ese es tu sitio, así beso,
á darse el último beso.
(*Coge con cada mano á uno y otro, los reune delante de sí y los sacude con violencia, hasta hacer que choquen sus cabezas una ó dos veces diciendo al mismo tiempo*):
Pero así; ¡frente con frente!
(*Suelta á Cármen con desprecio y sujetando á Juan lo atrae hácia la alcoba diciéndole*):
Ahora entra.
(*Cármen quiere seguirlos, Miguel la aparta con la mano que tiene libre diciéndola*):
¡Tú, no!

CÁRMEN. ¡Dios mio!

MIGUEL. No se entra con ánsia loca
á besar lúbrica boca,
¡se entra á morder hierro frio!
(*Se abraza á Juan y luchando uno con otro á brazo partido caen tras los cortinajes de la alcoba quedando ocultos á la vista del público. Cármen queda petrificada delante de la alcoba sin atreverse á entrar ni á moverse en ninguna direccion. Breves momentos en que sostiene terrible lucha interior expresada por gestos, ademanes y aún acentos perceptibles para el público, pero que Cármen no articula como quien quiere y no puede hablar. Despues da un paso hácia la alcoba, y al llegar retrocede espantada; da otros pasos hácia la puerta de la izquierda como si intentara abrirla y retrocede; no sabe qué hacer: sin direccion fija y como presa de un marco da pasos vacilantes, apoyándose en las sillas y en los muebles como si no pudiera sostenerse en pié; entre tanto sale de la alcoba ruido sordo de golpes propios de una lucha entablada cuerpo á cuerpo. Durante esta situacion, Cármen dirá los siguientes versos con las pausas que crea convenientes y le aconseje su talento, pero siempre dejando el tiempo racionalmente preciso para la lucha y la muerte de Juan.*

CÁRMEN. ¡Ilumíname, Dios santo...
Luchan... Matándose están!
¡Qué baldon, si muere Juan!
Pero si Miguel, ¡que espanto!
(*Al decir esta última frase se cubre la cara con las manos, y la crísis suprema de su situacion se resuelve por un grito ahogado de terror que coincide con la salida de Miguel de la alcoba. Miguel se presentará con el traje descompuesto y hasta desgarrado y con todos los pormenores que el*

actor juzgue propios del caso. Miguel sale gritando tambien como quien ya no tiene qara qué temer el escándalo.)

MIGUEL. ¡Franco el paso!

CÁRMEN. (*Dando otro grito de espanto más fuerte que el anterior*).
¡Ah!

MIGUEL. ¡Grita fuerte!
¡Todo el mundo puede entrar!
(*Abriendo de par en par y víolentamente la puerta de la izquierda*).
que oirá tu deshonra al par
que el estertor de esa muerte!

ESCENA XII.

CÁRMEN, MIGUEL, BENIGNO y CLEMENTE, que entran con precipitacion. Despues EMILIA.

BENIGNO. ¿Qué ha sido?

MIGUEL. (*Señalando adentro y alzando parte de la cortina de la alcoba, de modo que Benigno y Clemente puedan ver el cadáver de Juan*).
¡Ya, nada!

BENIGNO. (*Horrorizado*). ¡Oh!

MIGUEL. Antes un hombre.

BENIGNO. ¡Qué has hecho!

MIGUEL. Intentó manchar tu lecho
y con sangre lo manchó.

BENIGNO. (*Viendo á Cármen que se habrá recogido en un ángulo de la habitacion y dirigiéndose á ella amenazadoramente*).
¡Vive ella, por Belcebú!

MIGUEL. (*Amparándola*). Se defendió del audaz.
(*Aparte y bajo á Cármen*).
Mueres tú, muere su paz.
Su paz vale más que tú.

EMILIA. (*Gritando desde fuera.* ¡Juan!

CLEMENTE. (*Abre la puerta derecha é intenta detener á Emilia para que no vea el cadáver y queriendo llevársela fuera*).
Ven, hija sin ventura
conmigo.

EMILIA. (*Se suelta, avanza hácia el fondo, ve el cadáver y grita con dolor*).
¡Ay!
(*Se vuelve á su padre que intenta de nuevo llevársela*).
¿Contigo yo?
¡Me has hecho infeliz, y no

quiero que me hagas impura!
(*Se aparta de su padre y entra en la alcoba abrazando el cadáver sobre el cual llora. Al público no verá su accion, pero sí oirá claramente los sollozos y el llanto hasta el fin del drama. Entre tanto Cármen quiere acercarse á Benigno, éste la rechaza con dignidad diciendo*):

BENIGNO. ¡Soy honrado!
(*Cármen se aleja de Benigno y cae como desvanecida en un sillon retirada de los otros personajes*).

MIGUEL. Por camino,
mejor, lo hubieras logrado;
pero para ser tu honrado,
¿por qué he de ser yo asesino?

CLEMENTE. ¡Sin hija!

BENIGNO. ¡Yo sin hogar!

CLEMENTE. ¿A quién un consuelo pido?

BENIGNO. ¡A Dios!

MIGUEL. ¡Si no habeis creido
ni en un Dios á quien rezar!

Telon rapidísimo.

FIN DEL DRAMA.

APÉNDICE

En el original primitivo de este drama, las escenas últimas del acto segundo eran diferentes de las que van impresas.

Ensayada la obra, nos pareció á muchos ilustradísimos amigos míos, y á mí mismo, que aquellas escenas daban al final cierta pesada languidez, muy peligrosa para el buen éxito ante un público acostumbrado, como el nuestro, á ver por remate de todo acto dramático cuadros llenos de figuras y de movimiento.

Aunque, á mi entender, el final que yo tenia trazado y escrito primeramente completaba más los caractéres y demostraba mejor la accion corrosiva que la indiferencia ejerce en la fábula, hube de suprimirlo, subordinando toda otra consideracion al efecto teatral.

El final primitivo resultaba quizá más lógico, pero, seguramente, más frio: y el arte dramático, hecho exclusivamente para la representacion escénica, vive, como la fotografía, de la impresion instantánea de la luz. La postura en que ésta sorprende á la imágen dramática, esa permanece sin apelacion: despues no há lugar á rectificaciones de la meditacion serena, como acontece en obras destinadas á la lectura aislada.

Por dar á conocer esta página íntima de la historia del drama, creo conveniente dar á conocer ambos finales. Los actores pueden elegir uno ú otro, pues quedan autorizados para representar cualquiera de ellos.

Hé aquí ahora las escenas antiguas.

En la octava, y última actual, no aparecia Clemente; y despues que Miguel dice

«quiere poner su impureza
donde yo puse mi amor»

continuaba la escena del modo siguiente:

MIGUEL. ¡Huyen!
BENIGNO. Pero, ¿quién vá á huir?
MIGUEL. ¡Emilia y él!
BENIGNO. ¿Cuándo?
MIGUEL. Ahora.
BENIGNO. ¿Qué hacer?
MIGUEL. ¡No sé; sé que es hora
de matar ó de morir!
(*Entra precipitadamente en el hotel*).

ESCENA IX

BENIGNO, CLEMENTE, asomándose á la balaustrada de la terraza, y cuando se marque abajo en la escena. Despues MIGUEL dentro.

CLEMENTE. (*Desde la terraza*). ¿No acabamos la partida?
BENIGNO. Baja; este fresco da gusto.
(*Clemente se retira de la terraza*).
(*Aparte*). Y aquí observo. ¡Este disgusto
á un amigo de la vida!
(*Mientras Benigno dice los dos últimos versos, Clemente habrá bajado con el tablero del ajedrez que coloca sobre un velador. Benigno sigue diciendo aparte*).
Yo contendré al libertino,
y éste encerrado entretanto. (*Por Miguel*).
(*Entra en el hotel, figura que cierra la puerta de la escalera interior y vuelve á salir á escena diciendo*).
Tiene un corazon de santo.
Puede hacer un desatino.
(*Se sienta á jugar con Clemente.*)
CLEMENTE. ¿Tu mujer partió ya á Francia?
BENIGNO. Sí.
CLEMENTE. (*Aparte*). (Veré si se serena.
¡Es terrible dar tal pena
á un amigo de la infancia!).
MIGUEL. (*Dentro*). ¡Abrid!
BENIGNO. Si sale ese loco...
CLEMENTE. Me parece haber oido...

BENIGNO. Y á mí tambien...
CLEMENTE. Ruido...
BENIGNO. Ruido...
CLEMENTE. No juego más.
BENIGNO. Yo tampoco.
MIGUEL. (*Dentro*). ¡Que la roba!
(*Clemente y Benigno se levantan, se dirigen á la parte derecha de la verja y miran hácia fuera*).
CLEMENTE. A la carrera
un coche se precipita...
MIGUEL. ¡Padre! ¡Cármen!
CLEMENTE. Miguel grita...
BENIGNO. Viene por la carretera... (*Por el coche*).
CLEMENTE. (Si hablo ahora queda probado
que era cómplice de Juan).
BENIGNO. (Si no callo, ¿qué dirán
de mi silencio pasado?)
(*Esta escena debe jugarse como requieren el sobresalto, el temor y la duda consiguientes á la situacion de los personajes*).

ESCENA X

Dichos, MIGUEL apareciendo en la terraza y disponiéndose á descolgarse por ella.

BENIGNO. (*Al verlo*). Te derrumbas por ahí.
MIGUEL. ¿Y qué importa? ¡Si mi honor
si mi dicha, si mi amor
se derrumban por allí!...
(*Señalando al sitio por donde ha pasado el coche*).
CLEMENTE. Ya pasó.
BENIGNO. (*A Miguel que se descuelga por el balcon*).
Vas á caerte.
CLEMENTE. El coche...
MIGUEL. ¿Lo viste?
BENIGNO. Y yo...
MIGUEL. ¿Y no os movisteis?
CLEMENTE. (*Como arrepentido y disculpándose*). No.
BENIGNO. (*Del mismo modo*). No...
MIGUEL. ¡Pues mereceis vuestra suerte!
BENIGNO. Más, ¿quién huye?
MIGUEL. Una mujer.
CLEMENTE. ¿Cuál es?
MIGUEL. Lo quiero ignorar,
¡Una infamia va á triunfar
y un honor vá á perecer!
CLEMENTE. ¡Corre! Aunque se hayan marchado
los alcanza un telegrama.

MIGUEL. ¡Vuela más la mala fama,
y ya las habrá alcanzado!
BENIGNO. Llegaré á tiempo.
MIGUEL. No puedes.
CLEMENTE Alguien les saldrá al camino.
MIGUEL. Pero ¡ay de ellas, si el vecino
piensa lo mismo que ustedes!
BENIGNO. *(A Clemente)*. ¡Qué has hecho infeliz!
CLEMENTE. Lo mismo
que tú.
BENIGNO. ¡Pronto, á la estacion!
(*Cuando todos se disponen á salir se oye el silbido del tren*).
MIGUEL. ¡Ya es tarde!
CLEMENTE. ¡Partió!
MIGUEL. ¡Ese son
silba al indiferentismo!

TELON.

OBRAS DRAMATICAS DEL AUTOR

	Pesetas.
La Torre de Talavera, drama-histórico en un acto..	1
Maldades que son justicias, id. id., en tres actos....	2
El nudo gordiano, edicion 16.ª, en tres actos.....	2
El cielo ó el suelo, 2.ª edicion, en tres actos.....	2

PUNTOS DE VENTA

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. M. Rosado* y de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol; de *D. S. Calleja*, calle de la Paz, y de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de esta ADMINISTRACION.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.